

- (ναυμαχία) λαβούσης ... Plataea (XI, 36, -- 6), Cinossema (XIII, 40, 5), Dardaneo (XIII, - 47, 1), Cunaxa (XIV, 24, 5), Catana (XVI, 60, 5), Gaza (XIX, 85, 1), Chipre (XX, 52, 6).
2. Ἡ μάχη (παράταξις) γεννημένη ἐν ... τοιοῦτον ἔσχε τὸ πέρας (τέλος) : Leuctra (XV, - 56, 4), Iso (XVII, 36, 6), Arbelas (XVII, 61, 3).
3. Οἱ ... μεγάλην μάχην νικήσαντες ... ἀπῆλθον - εἰς : Mantinea (XII, 79, 7), Citio (XV, 4, 1), Cronio (XV, 17, 4).
4. Καὶ τὰ μὲν κατὰ ... ἐν τούτοις ἦν : Plataea (XI, 20, 6), Mitilene (XIII, 79, 2).

...

A modo de resumen digamos que los relatos de batallas de la Biblioteca, en cuanto a la disposición de la materia, responden a una serie de convenciones histórico-literarias. En efecto, reflejan el ceremonial que caracterizaba en la Antigüedad el enfrentamiento armado y por ello, las referencias al orden de batalla, los gritos de guerra, la sepultura de los muertos o la erección del trofeo pueden ser consideradas, en mayor

o menor medida, tópicas en la historiografía.

Respecto a su presentación literaria, aunque no - hemos pretendido ofrecer un catálogo de paralelismos - léxicos o fraseológicos sino destacar expresiones y se - cuencias significativas desde una perspectiva funcio-- nal, creemos haber ilustrado suficientemente la unifor - midad al respecto de todos nuestros relatos. Diodoro - describe sus batallas a partir de un número reducido - de fórmulas estereotipadas, que articulan los sucesi-- vos elementos narrativos y que aparecen en los mismos contextos y con idéntica función. Las descripciones de escenas de combate, maniobras o dispositivos de tropas insertos en este esqueleto lingüístico demuestran, así mismo, una reelaboración coherente en todos nuestros - ejemplos. Por ello, muy difícilmente podrían extraerse de los textos comentados conclusiones respecto al esti - lo de las fuentes o fragmentos de otros historiadores, pues Diodoro ha hecho a sus autoridades irrecognocibles, al organizar su discurso de acuerdo con sus propios -- criterios metodológicos y estilísticos.

Es más, determinadas descripciones técnicas de - dispositivos y maniobras de combate podrían probar la consulta de manuales especializados, sin olvidarnos de que, como apuntamos respecto a los rasgos épicos de de - determinados pasajes, siempre hay que tener en cuenta

la influencia de la educación de nuestro autor cuya base, como para cualquier griego, se encuentra en la retórica y en la poesía.

Finalmente el retoricismo de los relatos militares de la Biblioteca, más allá de la impronta de las fuentes, refleja la concepción personal de Diodoro sobre los factores que explican el resultado final del enfrentamiento. Por ello no compartimos en absoluto la posición sostenida por Hammond en un reciente estudio sobre las fuentes del libro XVII (103). Para él, Diodoro ha combinado básicamente los datos de dos historiadores, Clitarco y Diilo, distinguibles a partir del carácter sensacionalista del primero. Así, las narraciones de las grandes batallas de Alejandro provendrían de Clitarco debido al falseamiento de la verdad histórica, al olvido de consideraciones táctico-estratégicas y al tono épico de la narración. Por el contrario, un claro ejemplo de la claridad y rigor de Diilo sería la batalla de Querones (104). Reconoce, no obstante, la existencia de paralelismos formales en la Biblioteca, pero, según Hammond, se trata de "clichés" propios de la historiografía helenística, de formulismos que quizá también estaban en Clitarco y Diilo ya que Diodoro no es más que un vehículo de transmisión neutro. No añade planteamientos propios sobre las causas históricas y políticas a sus autoridades, sino que se limita

a recubrir plásticamente materiales ajenos sin distorsionar las diferentes concepciones historiográficas -- (105).

Sin entrar en el problema de las fuentes, la tesis de Hammond nos parece discutible. En primer lugar, no consideramos que el lenguaje sea un instrumento -- ideológicamente neutro. Ciertamente, y esto es especialmente importante para los escritores antiguos, -- existen convenciones de género, una tradición que explica determinados rasgos estilísticos individuales. -- Ahora bien, la reiterada elección de una fraseología, de un esquema expresivo, de una u otra forma, se pone al servicio de objetivos que trascienden lo puramente formal. Por otra parte, Hammond pasa por alto las -- ideas del propio Diodoro acerca de la subordinación de la retórica a su historiografía moralizante, tema que abordaremos en profundidad en las páginas siguientes.

NOTAS

- (1) Pritchett, W. K., The Greek states at war, (II), -- Berkeley-Los Angeles-Londres, 1974, p. 200.
- (2) Palm, J., Über Sprache und Stil des Diodoros von Sizilien, Lund, 1955, pp. 101-109, quien trabaja básicamente a partir de la fraseología de los veinte -- primeros capítulos del libro XI.
- (3) Véase la introducción de J. P. Vernant en el volumen colectivo Problèmes de la guerre en Grèce ancienne, París, 1968.
- (4) Vernant, op. cit., p. 18.
- (5) Pritchett, op. cit., (II), pp. 193-201. En las páginas 198-199 registra esquemáticamente los datos de los órdenes de batalla de Diodoro. Puesto que, como él mismo señala, opera a partir del Índice General realizado por Geer para la edición Loeb, no incluye la batalla de Queronea. No compartimos, en este caso, los criterios de Geer; a nuestro parecer, el relato de Queronea es, al menos, tan detallado como el correspondiente a Delión registrado, en cambio, en el mencionado índice. Por ello en éste y los demás apartados de nuestra Memoria tenemos en cuenta dicha batalla.

- (6) Cf. XIV, 104.
- (7) Cf. Polibio, 12.25.6-7.
- (8) Bibliografía al respecto en Meister, K., Die sizilische Geschichte bei Diodor, von den Anfängen bis zum Tod des Agathokles, Quellenuntersuchungen zu Buch IV-XXI, Munich, 1967, pp. XI-XVI. Resúmenes de la problemática en Bizière, pp. XVI-XVIII de su edición del libro XIX para la colección Budé, y en Geer, introducción al volumen IX de la Loeb (pp. VIII-XIX).
- (9) Sanders, L. J., "Diodorus Siculus and Dionysius I of Siracuse", Historia 30 (1981), pp. 400-401, -- apunta que el comentario de nuestro autor sobre Timeo probablemente refleja su propia actitud respecto a los libros por éste dedicados a Agatocles.
- (10) El fragmento de la Biblioteca concuerda en grandes líneas con la crítica de Polibio hacia la historia de Agatocles de Timeo: cf. 12.15. Diodoro reconoce los valores político-militares del tirano, pero no oculta sus defectos. Una historia como la de Diodoro de explícito fin moralizante suele inclinarse al maniqueísmo. No obstante, ello no impide que, en ocasiones, la caracterización de los perso

najes esté dotada de gran complejidad y que se adjudiquen a una misma personalidad censura y alabanza, observaciones que debemos al Profesor Lens Tuero.

- (11) Según Dolce, "Diodoro e la storia di Agatocle", Ko kalos 6, (1960), pp. 124-167, la expedición del tirano a territorio cartaginés proviene de Calias.
- (12) Los méritos de las batallas navales de esta sección de la Biblioteca se suelen adjudicar a Éforo (cf. Polibio 12.25 f. 1-2.). Una opinión más matizada en Nikolaou, N., "La bataille de Salamine d'après Diodore", REG 95 (1982)p.155, con bibliografía. El - estudioso considera que a partir del artículo de - Drews ("Diodorus and his Sources", AJPh 83 (1962), pp. 383-392) se impone una nueva perspectiva respecto a los libros considerados eforeos.
- (13) Cf. XVI, 76.5. Para Hammond, a partir de este suceso Diodoro seguiría básicamente a Diilo: cf. "The sources of Diodorus Siculus XVI (I)" CQ 31 (1937), pp. 79-91; "(II) The Sicilian Narrative", CQ 32 -- (1938), pp. 136-151.
- (14) Existe una abundante literatura sobre el tema. La identificación de Clitarco como fuente del libro -

XVII fue primeramente establecida por Sainte-Croix (Examen critique des anciens historiens d'Alexander le Grand, París, 1775) y hoy es aceptada mayoritariamente: Cf. Schwartz, E. RE VI (1903), s. v. --- "Diodoros", cols. 682-4; Jacoby, F., RE XII (1931), s.v. "Kleitarch", cols. 622 ss. ; Pearson, L., The lost Histories of Alexander the Great, Oxford, 1960, pp. 212-42; Hamilton, J. R., Plutarch, Alexander. A Commentary, Oxford, (1969), pp. LVII-LIX; Seibert, J., Alexander der Grosse, Darmstadt, 1972, pp. 16-8; - Bosworth, A. B., "Arrian and the Alexander Vulgate", en Alexander le Grand: image et réalité, Entretiens sur l'Antiquité Classique XXII, Ginebra-Vandoeuvres, 1975, pp. 1-34. Goukowsky en su introducción al volumen correspondiente de la Budé (pp. XIX-XXAI) considera que Diodoro siguió sobre todo a Clitarco, pero que aprovechó materiales de otros libros de la Biblioteca y datos extraídos de tratados técnicos. Hammond, N. G. L., Three Historians of Alexander the Great, Cambridge, 1983, pp. 12-85, concreta -- que, a su juicio, nuestro historiador combinó a Clitarco con una de sus fuentes para el libro XVI, --- Diilo, añadiendo valoraciones personales o fruto de la lectura de otros historiadores: el Pseudo-Calístenes, Efilo de Olinto y Jerónimo de Cardia. Objeciones a las hipótesis referidas a Clitarco por --- parte de Bröcker, L. O., Moderne Quellenforscher und antike Geschichtschreiber, Innsbruck, 1882, pp.

12-21; Tarn, W. W., Alexander the Great. Sources - and Studies (II), Cambridge, 1948, pp. 87-91; Fontana, M. J., "Il problema delle fonte per il XVII libro di Diodoro Siculo", Kokalos 1 (1955), pp. -- 172-178; Welles, Diodorus of Sicily, The Library - of History (v. VIII), Loeb Classical Library, London, 1963, pp. 6-18.

- (15) Tarn, loc. cit., considera muy probable que Curcio trabajase a partir de Diodoro, hipótesis que ha sido muy discutida. Respecto a los problemas cronológicos de Curcio, conectados con la existencia de una fuente común entre su Historia de Alejandro y el libro XVII de la Biblioteca, nos remitimos a la bibliografía citada en la nota anterior.
- (16) Al respecto, véase el comentario a XVII, 33.1 de Goukowsky, op. cit., pp. 190-191.
- (17) Confróntese XVII, 87.4-5 con Curcio 8.19.9-10.
- (18) Arriano (1.13.3-7) ofrece el orden griego en la batalla del Gránico, omitido por Diodoro. Para los correspondientes a Iso, Arbelas e Hidaspes, cf., sucesivamente, 2.8.2-4; 3.11.3 ss. (= Aristobulo, FGr.H, 139 fr. 17) y 5.15.5-7.

- (19) Según Goukowsky, op. cit., pp. XX ss., Clitarco pudo recoger en Alejandría informes orales de veteranos macedonios participantes en la expedición.
- (20) Cf., por ejemplo, 3.72.; 3.113-114; 5.53; 11.1.1-3; 15.1.9-11.
- (21) Semejante es la expresión utilizada en Platea, batalla atribuible a Éforo, según la teoría tradicional: cf. XI.31.1.
- (22) Información resumida sinópticamente por Pritchett, op. cit., (11), pp. 198-199: cf. supra nota 5.
- (23) Cf. I, 3.2.
- (24) Según Bizière, en su introducción al libro XIX en la colección Budé (p. IX, n. 3 - X, n. 1), Diodoro no supo equilibrar cronológicamente los diferentes libros de la Biblioteca puesto que se habría limitado a reproducir sus fuentes "sans imprimer à l'ensemble la marque d'une réflexion personnelle". La explicación de Bizière no aborda, sin embargo, por qué el historiador "copió" menos a Éforo o Timeo - que a Jerónimo de Cardia.

- (25) Sobre la oposición entre la izquierda y la derecha, véase el artículo de P. Lévêque y P. Vidal-Naquet, "Épaminondas pythagoricien et le problème tactique de la droite et de la gauche", Historia 9 (1960), pp. 294-308; respecto a la repercusión práctica de este principio filosófico-psicológico, Pritchett, op. cit., (II), pp. 190-207.
- (26) El centro era el lugar de honor para los persas, a cuyo orden de batalla se refiere este pasaje. Cf. Jenofonte, Anábasis, I.8.22.
- (27) Cf. Hornblower, J., Hieronimus of Cardia, Oxford, 1981, pp. 189-190.
- (28) Para la época de Alejandro y sus sucesores la cuestión ha sido bien estudiada: cf. Tarn, op. cit., - (II), pp. 148 y ss.; Milns, R. D., "The Hypaspists of Alexander III, some problems", Historia 20 (1971) pp. 186-195; "The Army of Alexander the Great", en Alexander le Grand: image et réalité, Entretiens - sur l'Antiquité Classique XXII, Ginebra-Vandoeuvres, 1975, pp. 87 - 139; "A Note on Diodorus and Macedonian Military Terminology in book XVII", Historia 31 (1982), pp. 123-126. Véase así mismo Hornblower, op. cit., pp. 190-194.

- (29) Cf. Gray, V. J., "375-371 B. C.: A Case Study in - the Reliability of Diodorus Siculus and Xenophon", CC (1980) p. 323. Según Nikolaou, art. cit., p. -- 155, esta característica de Diodoro se debería, en última instancia, a la influencia de la historio-- grafía isocrática más que a la utilización de una fuente concreta.
- (30) Cf. Bizière, op. cit., p. XIX; Hornblower, op. cit. pp. 187-196.
- (31) Detalles sobre el tipo de formación adoptada por - la falange u otros cuerpos del ejército, en XIX, - 27.5; 29.6; 40.3; un solo ejemplo en batallas sici-- lianas, XX, 10.6 y otro en XVII, 57.5.
- (32) Cf. Bizière, op. cit., p. XVI, n. 5.
- (33) Este término designa el dispositivo en que una de las alas o las dos forman un ángulo con el centro, a fin de atacar por los flancos o, curvándose hacia detrás, defenderse por esta misma parte: cf. Grif- fith, G. T., "Alexanders' generalship at Gangame-- la", JHS 67 (1947), p. 77 y n. 3.
- (34) Cf. XIX, 40.1; 40.3; 82.3; 82.4.

- (35) Puesto que los elefantes fueron introducidos en los ejércitos griegos a partir de la expedición de Alejandro a la India, lógicamente no es posible dar ejemplos de la historia anterior. La obra básica sobre el tema es la de P. Armand, Histoire militaire des éléphants depuis les plus reculés jusqu'à l'introduction des armes de feu, París, 1843. Bibliografía más reciente en Garland, op. cit., p. 116, n. 142.
- (36) Cf. Jenofonte, Helénicas, VI. 4. 13-5; Plutarco, - Pelópidas, 23. La principal innovación táctica de Epaminondas es la concentración de las fuerzas en el ala izquierda que, de esta manera, se enfrenta con la derecha del contrario, alterando el habitual modo de combate griego cuyas razones expone Tucídides (V. 71. 1). Para la disposición oblicua, mencionada sólo por Diodoro y Plutarco, véase J. K. - Anderson, Military Theory and practice in the age of Xenophon, Berkeley, 1980 pp. 192-220; G. L. Cawkwell, "Epaminondas and Thebes", CQ 66 (1972), pp. 260-78; J. Buckler, The Theban hegemony, 371-362 - B. C., Cambridge-Londres, 1980, pp. 46-69; A. M. - Devine, "EMBOLON, A. Study in tactical terminology", Phoenix 37 (1983), pp. 201-17; J. Buckler, "Epameinondas and the Embolon", Phoenix 39 (1985), pp. 134-43.

- (37) Para algunos pasajes del libro XVII, Diodoro pudo servirse de obras científicas e técnicas: así, la descripción de un fenómeno astronómico, del efecto de un veneno (cf. Goukowsky, op. cit., p. XV y n. 2) y de una de las máquinas del asedio de Tiro: cf. Tarn, op. cit., (II), pp. 78 y 121. R. K. Sinclair, "Diodorus Siculus and fighting in relays", CQ 16 - (1966), pp. 249-55, considera que esta técnica de asalto, formulada en términos muy semejantes a lo largo de toda la Biblioteca, podría sugerir la consulta de algún manual militar helenístico por parte de nuestro autor.
- (38) Pritchett, op. cit., (II), p. 200.
- (39) Sobre el tema véanse las observaciones de M. Detienne, en su ensayo "La phalange: Problèmes et controverses", incluido en el volumen colectivo Problèmes de la Guerre en Grèce ancienne, París, - 1968, pp. 124-126.
- (40) Cf. Mc Dougall, J. I., Lexicon of Diodorum Siculum s. v. "sýssēmon", Hildesheim-Zürich-N. York, 1983; no registra, sin embargo, la aparición del término en XIII, 50.3, pasaje por nosotros citado.
- (41) Goukowsky, op. cit., p. 49, n. 2.

- (42) Goukowsky, loc. cit., n. 3, considera con reservas que una imagen parecida en Polibio (2, 29, 6) remontaría a Clitarco a través de Fabio Pictor.
- (43) Cf. Detienne, art. cit., p. 125. Respecto al -- peán, véase el capítulo correspondiente de Pritchett, op. cit., (I), pp. 105-108.
- (44) Romilly, J. de, Histoire et raison chez Thucydide, Paris, 1967, pp. 163 y ss.
- (45) De Romilly, op. cit., pp. 177-8. Observación retomada por Vidal-Naquet : cf. "Flavius Arrien entre deux mondes", en Arrien, histoire d'Alexandre. L'Anabase d'Alexandre le Grand, traduction de P. Savinel, suivi de ---- par P. Vidal-Naquet, Paris, 1984, p. 355.
- (46) Cf. Palm, op. cit., pp. 110 ss.
- (47) Cf. Chausserie-Leprée, J-P., L'expression narrative chez les historiens latins, Paris, 1969, pp. - 43 ss., donde pone en relación el empleo de fórmulas introductorias y conclusivas con la "técnica del capítulo", cuyo origen sitúa en los historiadores griegos. Desconocemos la existencia de un - trabajo similar sobre la historiografía griega en

su conjunto, y aunque este autor no trate del relato específico de batallas, su metodología nos parece ejemplar. Los tipos de enunciados que vamos a comentar se corresponderían, aproximadamente, con lo que él denomina "frase-episodio": cf. pp. 269 ss.

- (48) Cf. Palm, op. cit., p. 102. En su introducción al libro XV de la Biblioteca, Vial considera esta expresión como un convencionalismo de las batallas de ese libro, adjudicable a Diodoro. Véase, además, M^cDougall, Lexicon in D. S., s. v. - "Karterós", con ejemplos del libro XVII.
- (49) Vial, loc. cit., M^cDougall, Lexicon in D. S., s. v. "ischirós", registra ejemplos en el libro XVII.
- (50) Expresión muy frecuente en toda la Biblioteca : - cf. M^cDougall, Lexicon in D. S., s. v. "mégas".
- (51) Cf. Palm, op. cit., p. 102; Vial, op. cit., p. XX y notas; M^cDougall, Lexicon in D. S., s. v. "isórrapos".
- (52) Cf. Heródoto VII, 210-224.
- (53) Cf. Sinclair, art. cit., p. 251. Según este inves

gador, las similitudes entre las versiones de - Diodoro y Heródoto respecto al combate por rele_vos, probaría que el relato del siciliano deriva en última instancia del herodoteo. Sin embar_go, a partir de la expresión "ek diadochēs", su_giere que el mismo Diodoro pudo percibir el pa_recido de esta batalla con las condiciones de - un asedio y lo expresó con el término que en su época se empleaba al efecto.

(54) Cf. Heródoto VII, 213 ss.

(55) Pasaje muy semejante en Curcio (3, 11, 9-12).

(56) Cf. Hornblower, op. cit., pp. 191 ss.

(57) De acuerdo con el léxico de M^cDougall, que no - registra los libros fragmentarios, nos encontra_rmos ante un "happax" : cf. Lexicon in D. S., s. v. "pahalangomachein".

(58) Palm ha señalado algunos paralelismos entre la obra de Tucídides y el libro XII de Diodoro : cf. op. cit., pp. 60-62. Según Nikolaou, art. cit., p. 155 y n. 66, el influjo proviene de la escue_rla isocrática.

- (59) De Romilly, op. cit., pp. 156-60.
- (60) Cf. Foucault, J. A. de, Recherches sur la langue et le style de Polybe, Paris, 1972, pp. 309-10.
- (61) Cf. Pédech, P., "Batailles navales dans les historiens grecs", REG 82 (1969), pp. 43-55. Trabaja a partir de Jenofonte, Diodoro y los fragmentos anónimos que se conocen con el nombre de Hellenica Oxyrhyncha, cuyo autor habría inspirado al siciliano a través de Eforo. Incluye además en su estudio la batalla de Nocio, relato que no forma parte de nuestra selección.
- (62) Cf. XIII, 45, 8-10; 50; 99, 3; XIV, 60, 2.
- (63) Pédech, art. cit., p. 55.
- (64) Cf. Viel, op. cit., p. XIX.
- (65) Cf., por ejemplo, XI, 31, 1-2; XIII, 51, 6; 99, 3-5; XV, 55, 5; 80, 5; 86, 3; 87, 7; 104, 3; XVI, 86, 3; XVII, 34, 2-3; 60, 1-4; 88, 4-6; XVIII, 30, 5; XX, 12, 2-3; 52, 1-2.
- (66) Cf. Fenik, B. Typical battle scenes in the Iliad,

Wiesbaden, 1968, p. 19.

- (67) Cf. Jenofonte, Anábasis, I, 8; Diodoro, XIV, 23
24.
- (68) Cf. XIV, 23, 7 y Anábasis, I, 8, 27. Jenofonte,
interrumpiendo el relato de la batalla, dedica
todo el capítulo a la semblanza de Ciro, a quien
califica como "el hombre más apto para reinar y
el más digno de gobernar entre los persas". Se-
gún Isócrates (Cartas a Filipo II, 8-9) la teme-
ridad perdió a Ciro.
- (69) Diodoro menciona a Éforo respecto a los efecti-
vos de Ciro : cf. XIV, 22, 3.
- (70) Arriano llama Mitridates al yerno de Darío. Más
tarde menciona a un personaje denominado Espitri-
dates, no identificable con el Espitrobates de
Diodoro : cf. I, 15, 6-8.
- (71) Plutarco, Alejandro, 16, 4 ss.
- (72) Hornblower, op. cit., pp. 194-6.
- (73) Cf. Fenik, op. cit., passim.

- (74) Cf. XVII, 20, 3-7.
- (75) Cf. XVIII, 31, 3-5.
- (76) Cf. XVII, 20, 5.
- (77) Alejandro utilizaba el escudo que había tomado el templo de la diosa en Ilión : cf. XVII, 21, 2.
- (78) Cf. Plutarco, Timoleón, 28, 5, ss.
- (79) Cf. Curcio, 3, 11, 17-19.
- (80) Preaux, C., Le monde hellénistique (I), París, 1978, p. 356.
- (81) Cf. de Romilly, op. cit., p. 124.
- (82) De Romilly, op. cit., pp. 125, 38.
- (83) De Romilly, op. cit., pp. 138-61.
- (84) Apreciación semejante a Tucídides : cf. IV, 94.
- (85) "Happax" : cf. M^cDougall, Lexicon in D. S., s. v. "próphragma".

- (86) Cf. Heródoto, VII, 184-87; Diodoro, XI, 2; 5.
- (87) Reflexiones semejantes en el relato de Platea - (XI, 30, 6).
- (88) Fédech, art.cit., pp. 49-52.
- (89) Cf. Polibio 12. 25 j. 6, ss.
- (90) Cf. Chausserie-Laprée, op. cit., pp. 238, ss.
- (91) Cf. Fenik, op. cit., p. 19.
- (92) Cf. Chausserie-Laprée, op. cit., p. 239, n. 2.
- (93) Cf. Goukowsky, op. cit., p. XXXIV, n. 3.
- (94) Cf. Préaux, op. cit., (I), pp. 322-3.
- (95) Una visión panorámica de los aspectos jurídicos y religiosos de la guerra en Grecia, La guerre dans l'Antiquité, Paris, 1972, pp. 36 ss.
- (96) Cf. XV, 82, 4; XIX, 31, 4.
- (97) Cf. XV, 35, 1; XVII, 21, 6.

- (98) Cf. XI, 33, 1; XII, 72, 2; XV, 35, 1; 56, 4; XVI, 4, 7; 86, 6; XVII, 21, 6; 89, 1; XVIII, 32, 2; XIX, 32, 1; 85, 4.
- (99) Pritchett, op. cit., (II), pp. 246-75. En las páginas 264-9 registra sinópticamente las alusiones a trofeos en Tucídides, Jenofonte y Diodoro. En cuanto a nuestro autor, aunque afirma haber sido exhaustivo, no recoge referencias a trofeos de algunas batallas de nuestro "corpus" : Anfípoli (XII, 74, 2), Mantinea (XII, 79, 7) y Dardanio (XIII, 47, 1).
- (100) Cf. XI, 19, 3; 22, 4; 33, 1; 36, 6; XII, 70, 4; XIII, 40, 5; 46, 4; 100, 3-4; XIV, 24, 5-6; 60, 6; XV, 3, 6; 17, 4; 35, 1; 54, 4; XVI, 4, 7; 80, 5; 86, 5-6; XVII, 21, 6; 36, 6; 61, 3; 89, 1-3; XIX, 31, 5; 85, 1-3; XX, 13, 1-2; 52, 5.
- (101) Himera (XI, 25-6), Platea (XI, 33, 1); Delión -- (XII, 70, 5); Cinosema (XIII, 41, 3), Crimiso -- (XVI, 80, 6).
- (102) Cf. Chausserie-Leprée, op. cit., pp. 45 y 47 (Jenofonte), 53 (Heródoto), 54-55 (Tucídides y Polibio).

- (103) Three historians of Alexander the Great, Cambridge, 1983, pp. 12-85.
- (104) Hammond, op. cit., pp. 23-4. Su juicio de valor sobre Queronea es, ciertamente, subjetivo. Así para Welles (Diodorus of Sicily (v. VIII), Loeb -- Classical Library, p. 79, n. 2), el relato de esta batalla es vago y la reconstrucción de la táctica de Filipo muy difícil de realizar a partir de las inconexas y parciales referencias de Diodoro.
- (105) Hammond, op. cit., pp. 46-9.

CAPITULO III :

LA MORALIZACIÓN DEL RELATO :

LOS EPILOGOS

La idea de que la historia, en cuanto receptora - privilegiada de las más variadas experiencias humanas, ha de intentar ofrecer al lector modelos de conducta - e inspirarle el deseo de la virtud, aparece en el Proemio de la Biblioteca como el principio supremo que preside el trabajo del historiador (1).

La reflexión de Diodoro refleja una larga tradición historiográfica, cuyos orígenes deben buscarse en el siglo IV, quizás en el círculo isocrático, y que en la época del siciliano podía estar bastante extendida (2). Puesto que de la redacción del Proemio se suele responsabilizar el propio Diodoro, no hay razones para poner en duda su compromiso con este tipo de planteamiento. Oldfather, por ejemplo, afirma que de los historiadores antiguos conservados es, precisamente, Diodoro quien plantea con mayor firmeza la finalidad pedagógica y moralizante del discurso histórico (3). En el ya clásico artículo de Drews (4), éste enfatiza el carácter moral de la Biblioteca y argumenta convincentemente la reiterada puesta en práctica en el conjunto - de la obra, y no sólo en los libros efóreos como habían defendido Schwertz y Laqueur (5) (entre otros), de la declaración programática del Proemio. La tesis de Drews es admitida casi unánimemente en los estudios posteriores (6).

Por lo que se refiere a las batallas de la Biblio-

teca Histórica, ya hemos aludido en diferentes ocasiones al tinte moralista de determinadas características de este tipo de relato. Así, a propósito de algunos de los temas reiterativos de las anécdotas que se incluyen en los preliminares del combate, del interés mostrado por el historiador en ofrecer caracterizaciones morales de estrategias y ejércitos o de la jerarquización establecida entre los varios factores que determinan el resultado final del hecho de guerra. En una palabra, las constantes detectadas en las batallas de la Biblioteca necesariamente han de remitir a un sistema de valores, lo que en términos modernos denominaríamos una ideología.

Ahora bien, aun afirmando que en diversos grados, la moralización afecta al conjunto del relato, encuentra su lugar por excelencia en un apartado, de extensión y temática variables, que Diodoro incluye a modo de conclusión en un número importante de las batallas campales de la Biblioteca, segmento narrativo al que denominamos "epílogo", aunque con la acepción doble del término que encontramos en la Retórica de Aristóteles: es decir, como el equivalente en el género histórico - de la peroratio característica del discurso oratorio y también con el sentido de amplificatio, de desarrollo suplementario de las consecuencias o enseñanzas de

un hecho (8).

La misma presencia de esta clase de excursos como colofón del relato, sobre todo en aquellos ejemplos en globados en la primera de las acepciones enunciadas ante riormente, podría considerarse como una prueba más del talante retoricista de la Biblioteca Histórica, pero - teniendo en cuenta que tales digresiones no son en ab soluto gratuitas por cuanto se ponen al servicio del - proyecto moralizante del siciliano.

Los límites de la retórica en la exposición his-- tórica, así como su subordinación a la historia, son - ideas centrales en el Prólogo del libro XX de la Bi--- blioteca, lugar donde el escritor aclara las condicio- nes y límites de la inclusión de discursos en la obra histórica, argumentación que pasamos a exponer resumi- damente. Por una parte, hay razones para censurar la - utilización de largos discursos y frecuentes parlamen- tos, en principio porque interrumpen la línea narrati- va ($\tau\acute{o}$ συνεχές τῆς διηγήσεως), con discursos fuera de lugar, y que distraen la atención del lector y le pue- den impulsar al abandono de una lectura provechosa. Pero, además, la intención que suele buscarse con ellos es mostrar exclusivamente el dominio de la habilidad - oratoria, componiendo discursos de todo tipo, y como - consecuencia la historia queda relegada a mero apéndice de la retórica (9).

No obstante, la inclusión de discursos no es absolutamente reprobable, siempre que sirva a los siguientes objetivos: dotar de variedad y ornato a determinados pasajes (10) y reflejar argumentos correctos y hermosamente expresados, para que las palabras no aparezcan como inferiores a los hechos (11).

La coherencia de Diodoro con sus propios planteamientos la demuestra la escasa inclusión de discursos en la Biblioteca: sólo cuatro en los libros conservados (12).

Las ideas expuestas en este proemio acerca de la inclusión de piezas oratorias, es decir, la exigencia de oportunidad o adecuación de éstas a la materia tratada, el mantenimiento, en la mayor medida posible, de la sucesión cronológica de los sucesos y la atención prestada a la educación moral del lector, podrían trasplantarse, sin grandes problemas, a los epílogos de las batallas que vamos a comentar y, en última instancia creemos que justifican las agrupaciones que establecemos entre los mismos.

Hemos sostenido en otro capítulo de nuestra Memoria que la ordenación κατὰ τὸ σὺνολόν de los materiales de la Biblioteca implica un esfuerzo consciente por contextualizar todos aquellos episodios que interrumpen el relato de las operaciones bélicas. Por ello, cuando

la moralización se hace explícita, a fin de trascender la inmediatez de los acontecimientos, dotándolos de un valor general y paradigmático, Diodoro sitúa tales reflexiones en una zona marginal, el epílogo, que por definición está fuera del núcleo central del relato, de la descripción del combate.

Con todo, la presencia de tales excursos obedece al principio de propiedad, de adecuación al texto en - que se insertan pues se hacen enlazar ya con el resultado final de la batalla, ya con aspectos concretos de la misma .

De acuerdo con ello, podemos establecer un primer grupo de epílogos moralizantes dedicados a glosar la - significación histórica de la batalla y/o de sus protagonistas. En él se incluirían los correspondientes a - las Termópilas, Himera, Tanagra, Arginusas, Cinoscéfalos, Mantinea y Cartago.

En los demás casos, el tema del epílogo está relacionado bien con el tratamiento del vencedor hacia los vencidos (Cízico, Queronea, Gabiana, Iso), con las re--percusiones posteriores de la batalla (Arginusas) o con diversas anécdotas sobre comportamientos de personajes relacionados con los sucesos (Salamina, Tespias, Naxos, Cabalia, Paratacene).

Por otra parte, el historiador, casi sin excepciones, hace mención explícita de la intención moralizado

ra, de la puesta en práctica de sus presupuestos teóricos, con la evidente finalidad de despertar la atención de sus lectores, hecho éste ya destacado por Drews (13). Para ello se sirve de un repertorio bastante formalizado de expresiones, de las que vamos a destacar las dos más frecuentes: En primer lugar, aquellas en que el historiador interviene explícitamente (14):

Termpórilas, XI, 12, 1: Ἡμεῖς δ' ἀρκούντως περὶ τῆς τούτων τῶν ἀνδρῶν ἀρετῆς εἰρηκότες ἐπαινῶμεν ἐπὶ τὰ συνεχῆ τοῖς εἰρημένοις .

Himera, XI, 23, 3: Ἀλλὰ γὰρ τούτων οἱ δικαίαν βόξαν κεκτημένοι τοὺς προσήκοντας ἐπαίνους καὶ παρ' ἡμῶν ἔχουσιν, ἐπὶ δὲ τὸ συνεχὲς τοῖς προειρημένοις μεταβησόμεθα .

Cinoscéfalos, XV, 81, 4: Πελοπίδας μὲν οὖν, διὰ τὴν ἰδίαν ἀρετὴν ὑπὸ πάντων ἀποδοχῆς ἡξιωμένος, ἐχέτω καὶ παρ' ἡμῶν τὸν διὰ τῆς ἱστορίας ἔπαινον.

Mantinea, XV, 88, 1: Ἡμεῖς δ' εἰωθότες ταῖς τῶν ἀγαθῶν ἀνδρῶν τελευταῖς ἐπιλέγειν τὸν ἴδιον ἔπαινον, οὐδαμῶς ἀρμόττον ἡγούμεθα παραδραμεῖν ἀνδρὸς τηλικούτου τὴν τελευταίην ἀνεπισήμαντον.

Iso, XVII, 38, 7: Ἀλέξανδρος μὲν οὖν, καίπερ —
πολλαῖς γενεαῖς προγεγονῶς τοῦ καθ' ἡμᾶς βίου,
τυγχανέτω καὶ παρὰ τῶν μεταγενεστέρων δικαίου
καὶ πρέποντος ταῖς ἰδίαις ἀρεταῖς ἐπαίνου .

En otros casos, parece adherirse a la opinión de
los contemporáneos:

Salamina, XI, 19, 6: Θεμιστοκλῆς μὲν οὖν οὐσί —
στρατηγήμασι ἰχρησάμενος μεγάλων προτερημάτων —
αἴτιος ἐγένετο τοῖς Ἕλλησι .

Himera, XI, 25, 5: Γέλων δὲ ἐπιφανεστάτη μάχη —
νικήσας (...) περιβόητον ἔσχε τὴν δόξαν οὐ μόνον
παρὰ τοῖς Σικελιώταις, ἀλλὰ καὶ παρὰ τοῖς —
ἄλλοις ἅπασιν .

Tenagra, XI, 82, 4: Μυρωνίδης μὲν οὖν ἐπιφανεῖ
μάχη νικήσας τοὺς Βοιωτοὺς ἐνάμιλλος ἐγενήθη —
τοῖς πρὸ αὐτοῦ γενομένοις ἡγεμόσιν ἐπιφανεστά--
τοις (...) (83, 4) μυρωνίδης μὲν οὖν ἐν ὀλίγῳ —
χρόνῳ μεγάλας πράξεις ἐπιτελεσάμενος περιβόητον
ἔσχε τὴν δόξαν παρὰ τοῖς πολίταις.

Caulonia, XIV, 109, 4: ἐπὶ δὲ τούτοις ἐπαίνου
τυχῶν ὑπὸ τῶν εὖ παθόντων χρυσοῖς στεφάνοις ἐτι-
μήθη .

Naxos, XV, 35, 3: Χαβρίας μὲν οὖν ἐπιφανῆ ναυ--
μαχίαν νικήσας (...) μεγάλης ἀποδοχῆς ἔτυχε --
παρὰ τοῖς πολίταις .

Mantineas, XV, 88, 4: Ἐπαμεινώνδας μὲν οὖν πα--
ρὰ πᾶσι περιβόητον ἔχων τὴν ἀρετὴν, τοιαύτης -
ἔτυχε καταστροφῆς τοῦ βίου .

Iso, XVII, 38, 3: οὐ μόνον ὑπὸ τῶν εὖ παθόντων
ἐπαίνων ἐτύγχανεν, ἀλλὰ καὶ παρὰ πᾶσι τοῖς συσ-
τρατευομένοις περιβόητον ἔσχε τὴν ὑπερβολὴν τῆς
ἐπικλείας .

Cilicia, XVIII, 32, 4: οὗτος μὲν οὖν ἐπιφανεῖ
μάχη νικήσας καὶ δύο μεγάλους ἡγεμόνας ἀνελών
μεγάλης ἔτυχε δόξης .

En ambos tipos de formulación, la fraseología es casi idéntica, esté en la base del relato Eforo (Termópilas, Salamina, Tanagra, Naxos, Cinoscéfalos, Mantinea), Timeo (Himera, Caulonia), Clitarco (Iso) o Jerónimo de Cardia (Cilicia) (15).

Desde el punto de vista temático se puede establecer una última clasificación de nuestros textos a partir de la cual operaremos en nuestro análisis de cada uno de ellos. En cuanto están íntimamente conectados,

observaremos cómo los motivos de un grupo pueden aparecer, con una función secundaria, en textos por nosotros encuadrados en otro, pues lógicamente al tratarse de constituyentes de un sistema de valores, mantienen entre sí relaciones solidarias y es difícil establecer una tipología pura. De acuerdo con ello, estudiaremos en primer lugar los excursos dedicados al elogio de batallas y estrategos célebres. Un segundo apartado se reserva para el encomio de los grandes personajes caídos en el combate, en realidad un caso especial dentro del grupo anterior pero segregado de aquél en virtud de la entidad propia del epitafio en la literatura griega. A glosar la necesidad de moderación en el éxito consagra Diodoro un número importante de epílogos, que aparecen en nuestro trabajo bajo el mismo epígrafe. Examinaremos por último otra serie de textos de tema variado, (caracterización de personajes, actuación de fuerzas sobrenaturales en la historia humana, ...).

EL ELOGIO DEL VENCEDOR

Himera y Gelón.

Tras dar cuenta del desarrollo de la batalla de Himera, Diodoro dedica varios capítulos al comentario de las repercusiones del suceso y su trascendencia histórica y al elogio de las cualidades de Gelón no sólo como estratega sino también como soberano humanitario y piadoso.

A pesar de la íntima conexión temática de este -- bloque narrativo, es posible establecer dos secciones claramente diferenciadas: XI, 22, 5-24, 1, panegírico de Gelón y de la victoria de Himera, a la que consideramos epílogo propiamente dicho, y XI, 24, 2-25, excurso sobre las cualidades políticas y personales del tirano siciliano. Tal división está formalmente marcada en el texto de Diodoro cuando escribe: "Pero puesto -- que estos hombres, que gozan de una justa fama, han obtenido también de nosotros merecidos elogios, pasaremos a continuar el relato" (16).

La materia del epílogo es articulada a partir de una doble comparación retórica: la de Himera con la batalla de Platea y la de Gelón con dos ilustres generales contemporáneos, el ateniense Temístocles y el espartano Pausanias, por un lado, y de la sincronía Himera-Termópilas, por otro.

El paralelismo entre Himera y Platea se ha considerado como una confusión de nuestro autor respecto a los datos de sus fuentes, quienes habrían establecido la relación con la batalla de Selamina, y plantea delicados problemas sobre las autoridades de este pasaje y sobre la intervención del propio Diodoro en el mismo.

Encabezando la exposición del capítulo 23 leemos:

" Por esta razón, muchos historiadores comparan esta batalla con aquella en que los griegos lucharon en Platea y la estrategia de Gelón con las tretas de Temístocles y a causa del exceso de valor de ambos, algunos adjudican la primacía a unos y algunos a otros".

Apoyándose en tal afirmación, Laqueur (17) defiende la presencia de dos fuentes perfectamente diferenciables, Eforo y Timeo, en este pasaje de la Biblioteca, en una de las cuales estarían conectadas Platea e Himera. Para Brown, sin embargo, Diodoro confundió Platea con Selamina y la alusión a la multiplicidad de autores que trataron el tema y a las opiniones divergentes de los mismos, debe interpretarse como un recurso literario para dar relevancia a sus argumentos prosicilianos ya que a un historiador siciliano, Timeo u otros, debe exclusivamente Diodoro sus datos (18). También Pearson reacciona contra la tesis de Laqueur y --

considera que en todo el relato de Himera prevalece la versión de Timeo (19). Nikolaou, finalmente, ni siquiera se plantea el problema de la aparición del nombre de Platea en el texto que comentamos y se limita a --- afirmar que "Diodoro establece un paralelo entre la -- victoria de Salamina y la de Himera a fin de subrayar la victoria del helenismo sobre el mundo bárbaro. Su punto de vista es el de un siciliano que pone la victoria de Himera en primer plano, por encima de la de Salamina".(20).

El paralelismo Himera-Salamina ha sido objeto de un pormenorizado estudio de Gauthier cuyo contenido vamos a exponer de manera resumida (21). Distingue, en primer lugar, entre las versiones del s. V (Heródoto y Píndaro) y una tradición que arrancarían del siglo IV, de la obra de Éforo, y que, a través de Timeo, sería asumida por Diodoro (22).

En el s. V ambas batallas son relacionadas por Heródoto y Píndaro. El historiador (VII, 165-6) constata la sincronía entre Himera y Salamina pero no asume, matiza Gauthier (23), la veracidad de tal opinión: son sicilianos los que informan de que ambos combates se celebraron el mismo día y el historiador se limita a reflejarlo en su obra. Por el contrario, Heródoto admite no sólo la simultaneidad temporal entre Platea y Micala, (IX, 100, 55), sino que resalta su similar trans-

cendencia, su equivalente valor histórico.

El diferente trato del historiador a los paralelismos Himera-Salamina, Platea-Micala, responde en última instancia, según Gauthier, al carácter marginal que, para los griegos del siglo V, tenían las luchas occidentales entre sicilianos y cartagineses, pero, sobre todo, a la influencia de la tradición griega contraria a las tiranías. En el relato de Heródoto se percibe una cierta hostilidad hacia Gelón a quien se reprocha su inhibición ante la guerra entre griegos y persas, mediante lo cual, indirectamente, se resalta la preminencia del éxito de los griegos del continente que lucharon solos y al mando de ciudadanos, no de tiranos (24).

En cuanto al testimonio de Píndaro (Pítica I, 437-156), Gauthier destaca que se dirige a un siciliano, Hierón de Siracusa, lo que explicaría el que las batallas de Cumas y Salamina, por una parte, e Himera y Platea, por otra, se iguallen en el elogio, sin que en ningún caso se establezcan, obviamente (25), relaciones sincrónicas. En efecto, las agrupaciones de Píndaro demuestran el interés por realzar la victoria en Cumas de Hierón, haciéndola semejante a otra gran batalla naval del pasado, Salamina, uniendo así en un sólo ámbito el oriente y el occidente griegos, y para realzar este paralelismo amplía su evocación a dos grandes ba-

tallas del pasado, Himera y Platea, basándose en su común carácter de batallas terrestres (26). En Píndaro -- se percibe, pues, la elaboración de la tradición en -- que Himera está asociada a Salamina (27).

Un cambio sustancial en este motivo histórico se produce en el s. IV. Para Gauthier, Éforo reinterpreta a Herodoto y Píndaro a partir de un horizonte histórico e ideológico totalmente distinto. Uno de los fragmentos de Éforo (28) habla de una acción concertada de persas y cartagineses contra el territorio griego en -- su conjunto, lo que evidencia una nueva perspectiva -- panhelénica en el análisis del pasado, y que remite, -- sin duda, a la defensa del helenismo característica de Isócrates, al maestro de Éforo (29).

En cuanto a Diodoro, Gauthier juzga su testimonio confuso, básicamente por haber agregado al paralelo retórico entre Himera y Platea, el paralelismo sincrónico entre Himera y las Termópilas, no mencionado por -- ningún otro autor griego. Y concluye al respecto que -- es preferible pensar en que si ya en el s. V existía -- una tradición siciliana que prefería a Salamina como -- referente de Himera, es porque aquélla simbolizaba, -- mejor que ninguna otra, la victoria de los griegos contra los bárbaros (30).

Para nosotros, sin embargo, es demasiado simplista acudir a la calificación de error propio de la descuidada composición que, para algunos, muestra la Biblioteca, a fin de solventar las graves dificultades de interpretación del pasaje, del epílogo de Himera. Y, con todo, pensemos que en el propio texto se pueden encontrar claves que permiten comprender por qué -- nuestro autor asimilaba Himera a Platea.

Respecto a la superioridad de la victoria de Gelón escribe el siciliano:

XI, 23, 2; "Habiendo resultado vencedores con anterioridad los de Sicilia, hicieron cobrar ánimos a los de Grecia, pues fueron informados de la victoria de Gelón".

Su aseveración es perfectamente coherente con la sincronía establecida entre Himera y la batalla de las Termópilas, hecho éste que Diodoro atribuye al designio divino:

"En efecto, vino a suceder que, en el mismo día, Gelón logró la victoria y los de las Termópilas con Leónidas lucharon contra Jerjes, como si la divinidad intencionadamente hiciese coincidir la más bella victoria y la más hermosa derrota" (XI, 24, 1).

En el epílogo de la batalla de las Termópilas, como comentaremos en su lugar, se resalta el que los --- griegos vencidos consiguieron la misma gloria que si -- hubieran resultado vencedores y que su acción, como -- también observa ahora Diodoro respecto a Himera, enalteció los ánimos de los restantes griegos. Asimismo, -- en ambos episodios se significa el terror experimentado por los bárbaros (31).

De acuerdo con esta misma cronología, debió de ser más fácil para los combatientes de la Grecia continental conocer la victoria de Himera con posterioridad a Salamina y, por tanto, antes de la batalla de Platea -- (32).

La intención de nuestro autor por hacer paralelos ambos acontecimientos se manifiesta, finalmente, en la comparación de Gelón con Pausanias quien comandaba a -- los griegos junto con el ateniense Arístides y que tuvo una destacada participación en el combate (33).

No obstante existen datos en el texto del sicilia no que apoyan un paralelismo con Salamina. En primer -- lugar, la comparación entre Temístocles y Gelón, pero sobre todo el contenido de la segunda excelencia de la victoria siciliana:

XI, 23, 2: " Y en cuanto a quienes ostentaban -- el mando en ambos sucesos, respecto a los per---

sas, el Rey logró huir y muchos miles con él, -- en tanto que, respecto a los cartagineses, no -- sólo pereció el estratega, sino que además los que participaron en el combate fueron aniquilados y se dice que ni el mensajero logró llegar a salvo a Cartago" (34).

En efecto, tal característica corresponde a la -- batalla de Salamina tras la cual, según nos cuenta el mismo Diodoro, el rey abandonó Europa, dejando a Mardonio el mando de las operaciones. Es más, como colofón del relato correspondiente a Salamina, Diodoro incluye un episodio, al que ya aludimos en otro lugar, según -- el cual una estratagema de Temístocles obligó a Jerjes a replegarse a Asia Menor con parte de su ejército, al propagar el estratega ateniense la falsa noticia de -- que los griegos pensaban cortar la retirada, destruyendo el puente de barcas construido por los persas en el Hellesponto (35).

Precisamente la $\mu\eta\tau\iota\sigma\iota\varsigma$, la astucia, la capacidad de Temístocles para urdir engañosas estratagemas es la -- cualidad básica a partir de la cual son relacionados -- en el epílogo de Salamina, el célebre general ateniense y Gelón (36).

Teniendo en cuenta este conjunto de hechos, la información de la Biblioteca y las observaciones de Gau-

thier respecto a la tradición historiográfica y poética de las comparaciones entre batallas griegas y sicilianas, nos parece que se debería admitir la posibilidad de que Diodoro estuviese manejando varias fuentes o utilizando otro tipo de documentación, no necesariamente histórica, en que se reflejasen paralelismos entre Himera y Platea, entre Himera y Salamina o entre Himera y las Termópilas, entre otros posibles.

La comparación y la antítesis, los dos procedimientos estilísticos empleados por Diodoro en el elogio de Himera y Gelón, son procedimientos retóricos comunes y sabemos que las grandes batallas de las Guerras Médicas fueron objeto de particular atención por parte de los oradores, hasta el punto de que las referencias a Maratón y Salamina, sobre todo, devinieron elementos tópicos en el discurso político (37).

Así pues, el escritor siciliano podía disponer de variadas obras, históricas, poéticas u oratorias, en que se efectuasen comparaciones entre diversas victorias célebres y/o sus protagonistas. En lo relativo al caso concreto de la batalla de Himera es evidente que podemos considerar válida, desde el punto de vista interno, la presencia de la comparación entre este combate y el de Platea, analogía que se vería reforzada por ser ambas batallas terrestres, lo cual, como el caso -

de Píndaro, acentuaría su simetría. Por otra parte, y esto creemos confirma nuestra hipótesis de que Diodoro deseaba resaltar las similitudes entre las dos victorias, habría que considerar que si Platea significó la derrota total de los planes expansionistas de Jerjes y, en consecuencia, el fin de las Guerras Médicas, Himera fue su equivalente en el otro escenario del conflicto entre griegos y bárbaros.

Sin embargo, a niveles profundos opera en nuestro relato una comparación con la batalla naval de Salamina, que el historiador bien pudo encontrar en Éforo, - en Timeo o en cualquier otro autor para nosotros desconocido. En este sentido compartimos el punto de vista de Nikolaou de que, sea cual sea su fuente, Diodoro está expresando una valoración de los hechos, condicionada por su origen siciliano. De ahí que, en última instancia sea plausible pensar en un historiador como Timeo o en otros autores pro-sicilianos, pero atendiendo al énfasis con que Diodoro defiende la supremacía de su tierra natal, rasgo éste que podría atribuírsele -- sin dificultades.

Así, cuando Diodoro contrasta al final del epílogo, las repercusiones positivas del éxito en el caso de Gelón (celebridad, amor de su pueblo, conservación del poder hasta su muerte), con el final desgraciado y deshonesto de Pausanias y el exilio forzado de Temisto

cles, sin duda está expresando un juicio personal, el de un siciliano que intenta, en cualquier oportunidad, engrandecer la gloria de su patria (38).

Tanagra y Mirónides.

Entre la descripción de la batalla de Tanagra del año 458 a. C. y la de Enófitas del año siguiente, según la peculiar cronología de Diodoro, nuestro autor intercala una segunda batalla acontecida también en Tanagra y cuya realidad histórica ha sido seriamente questionada.

Nuestra otra fuente alternativa, Tucídides, escribe (39):

" Y vencieron los lacedemonios y aliados en la batalla, que tuvo lugar en Tanagra de Beocia, habiendo muchas pérdidas por ambas partes (...); y los atenienses a los sesenta y dos días de la batalla emprendieron una expedición contra los beocios al mando de Mirónides, y vencéndolos - en batalla en Enófitas se adueñaron de Beocia y Fócide, demolieron las murallas de Tanagra, tomaron como rehenes a los cien hombres más ricos de los locros opuntios y terminaron sus Muros - Largos".

En XI, 80 Diodoro describe mucho más minuciosamente

te una batalla que localiza vagamente, aunque haciendo referencia a Tanagra, y que se suele identificar con la tucídides. El relato del siciliano es mucho más elaborado: precisa que argivos y tesalios combatían junto a los atenienses y que éstos últimos se pasaron al bando lacedemonio en el curso del combate. A pesar del carácter bastante estereotipado de la narración (40), -- Gomme considera que datos como el desarrollo de la batalla durante dos días sucesivos, incluido un ataque nocturno de los tesalios a un convoy que transportaba víveres a los atenienses, deben provenir de una buena tradición (41). Frente a Tucídides, que señala taxativamente la victoria de los espartanos, Diodoro dice que tuvo un final equívoco y que ambos bandos reclamaron la victoria (42), constatación que se puede complementar con el testimonio del Menéxeno platónico, según el cual, aunque los lacedemonios controlaron el campo de batalla, los atenienses consiguieron una victoria estratégica (43). Por otra parte, ni Tucídides ni Diodoro mencionan la intervención de Mirónides en este combate (44).

En cuanto a Enófitas, Diodoro (XI, 83, 1) se limita a decir que Mirónides venció a los tebanos y, como consecuencia, se adueñó de todas las ciudades de Beocia excepto Tebas y tomó como rehenes a los locros opuntios, lo cual parece confirmar los hechos de la versión tucí

didea.

Entre ambas batallas, sin embargo, el siciliano - escribe acerca de una batalla de Tanagra, desconocida en la historia de Tucídides, y en la que los atenienses, derrotan a los beocios, intentando controlar así el acrecentamiento de Tebas.

Diodoro incluye un detallado preámbulo sobre las motivaciones políticas y los preparativos de la expedición en Atenas. Leemos que Tebas, despreciada por los demás griegos por su actitud filopersa durante la invasión de Jerjes, intenta una alianza con Esparta contra los atenienses, vista con buenos ojos por ésta (45). - Ello hace que los atenienses comiencen la leva de tropas, pero el día fijado para la reunión no se presentan muchos de los convocados. Mirónides decide, a pesar de todo, ponerse en marcha, argumentando que los ausentes serían cobardes en el combate, en tanto que los que ya se habían presentado, jamás abandonarían su puesto (46).

Pero lo más sorprendente es que, tras estos detallados preliminares, el historiador siciliano no describe el combate, limitándose a confirmar la certeza - de las observaciones de Mirónides:

XI, 81, 6: " En efecto, conduciendo a unos pocos soldados pero los mejores por su bravura, - presentó batalla en Beocia contra muchos miles

más y venció por la fuerza a sus oponentes".

e, incluso, más adelante escribe:

XI, 82, 4: " De los historiadores, aunque esta batalla fue brillante, ninguno ha escrito sobre cómo se luchó y con qué orden de batalla".

A partir de este último pasaje y del silencio de Tucídides sobre este suceso militar, se rechaza su veracidad histórica y se considera que Diodoro confundió dos relatos de la misma batalla, la de Enófitas, por dos batallas distintas (47). Esta hipótesis nos parece bastante acertada: quizá nos encontremos ante uno de los numerosos "dobletes" de la Biblioteca Histórica, (48) es decir, un error de disposición de la materia en su secuencia cronológica, favorecido quizá, en el caso que estudiamos, por el hecho de que la anterior batalla, la Tanagra histórica, cierra un año arcontal-consular en la Biblioteca, en tanto que la dudosa inicia el siguiente y el espacio temporal entre aquella y Enófitas es muy breve (49).

No obstante, haciendo abstracción de los problemas de historicidad, nos interesa destacar que esta segunda batalla es un caso límite de permutación de miembros en el esquema habitual de esta clase de relatos -

en la Biblioteca. En efecto, la descripción del hecho militar no existe en absoluto y todo el peso de esa narración ausente se desplaza a la anécdota introducto--ria y al epílogo (términos que, por otra parte, no po--drían ser aplicados aquí en su acepción estricta, ya - que no hay "antes" ni "después").

Cabría preguntarse, sin embargo, por qué razón -- Diodoro no situó este epílogo tras la narración de Enófita. Sin duda, por la confusión aludida del cambio de año y también de fuente. Pero, ¿qué clase de fuente?. A nuestro parecer, y aún sin excluir la posibilidad de un historiador (50), Diodoro bien pudo encontrar el encomio de Mirónides en una obra de carácter retórico, - cuestión ya apuntada por Brown (51).

Sabemos que el general ateniense se convirtió en un personaje habitual en la oratoria ética a partir del s. IV (52). Nos interesa, sin embargo, resaltar un texto del Epitafio de Lisias, en el que se narra una anécdota similar a la de la Biblioteca (53). A semejanza - de Diodoro, Lisias habla de una situación de extremo - peligro en Atenas. Ante ello, como existían dificultades para el reclutamiento, jóvenes inexpertos y ancianos, experimentados pero sin vigor físico, tomaron las armas y, al mando de Mirónides, vencieron en una gloriosa batalla en el territorio de Megara. A pesar de las

diferencias de detalle, la función de ambos episodios es parecida, es decir, demostrar la primacía del valor, del espíritu patriótico en situaciones límite y dotar al discurso histórico u oratorio de un tono épico (54). En el texto de la Biblioteca, además, la anécdota confirma la caracterización de Mirónides como " συνειρτός - ἄμα καὶ δραστηρὸς στρατηγός " (55).

La articulación formal del epílogo, muy semejante a la ya estudiada en el correspondiente a Himera, probaría asimismo ese tono retorizante.

Como introducción y conclusión de excursión, aparecen dos fórmulas introductorias que, como hemos señalado anteriormente, parecen ser características de nuestro historiador; en primer lugar expone su opinión personal:

XI, 82, 1: "Me parece que esta hazaña no desmerece a las batallas campales que en tiempos anteriores celebraron los atenienses".

y finaliza resaltando la reputación alcanzada por el personaje:

XI, 82, 4: "Mirónides, pues, tras vencer en una gloriosa batalla a los beocios, llegó a ser comparable a los demás ilustres jefes que vivieron antes de él, Temístocles, Milciades, y Cimón".

En ésta tónica comparación de grandes estrategos, que volverá a aparecer en el epílogo de Mantinea, se comete un evidente error cronológico ya que Cimón, el vencedor del Eurimedonte, es contemporáneo de Mirónides (56).

El epílogo consta de dos partes claramente diferenciables: la comparación de la victoria de Mirónides con otras grandes gestas atenienses del pasado, singularmente Maratón y Platea, y la alusión a los éxitos futuros de los tebanos, derrotados en esta ocasión, en Leuctra y Mantinea.

La presencia en el mismo contexto de Maratón y su vencedor Milcíades, de Platea, de Temístocles, el estratego de Salamina, y de Cimón demuestran hasta qué punto tales evocaciones de personajes y hechos célebres devienen tópicos en el género encomiástico (57). Por otra parte, como ya estudiamos respecto a Himera, la comparación no obedece en todos los casos a la ley de la simetría: si en Himera aparecía Temístocles pero no Salamina, ahora se hace referencia a Platea pero no a Arístides, el colega ateniense de Pausanias en aquella ocasión. La preminencia de la victoria se justifica -- porque, en esta ocasión, los atenienses lucharon solos, mientras en Platea lo hicieron junto a los lacedemonios y no contra bárberos (58), sino frente a los mejores soldados griegos, los beocios. La idea, expuesta a continuación, de que la causa de la hegemonía tebana fue

la preparación militar es un tema que probablemente remonta a Éforo, pero que, como estudiaremos en su lugar, tiene correlatos en otras secciones de la Biblioteca.

En resumen, el epílogo de la segunda batalla de Tanagra es una prueba, quizá extrema, de la moralización del relato y del interés de nuestro autor por ofrecer personajes ejemplares. La fraseología empleada demuestra una cierta reelaboración de las fuentes, ya un historiador, ya una obra de carácter retórico que incluyese encomios de hombres y acontecimientos famosos.

EL ELOGIO FÚNEBRE

Dentro de los epílogos encomiásticos de grandes estrategos, los correspondientes a las batallas de las Termópilas, Cinoscéfalos y Mantinea forman un grupo diferenciado. En ellos Diodoro desarrolla la concepción, implícita en la calificación tópica de la muerte del estratego con el término ἠρωικῶς ya registrado en las distintas secciones de la Biblioteca, de que ésta es la gloria suprema a que debe aspirar cualquier soldado. La idea de que tal hecho es la prueba más palpable del valor viril, tiene hondas raíces en la poesía griega, desde Homero a Tirteo (59) y de éste último a Simónides, a quien se hace remontar el inicio de un tratamien

to retórico de este tema literario (60).

El epitafio aparece como un subgénero específico de elogio obligado en la oratoria ática y responde a la costumbre tradicional en Atenas de pronunciar discursos de esta clase en el contexto del ceremonial que precede al funeral público (61).

Han llegado hasta nosotros cuatro ejemplos de discursos fúnebres: el celeberrimo sobre los caídos atenienses en el primer año de la guerra del Peloponeso, puesto en boca de Pericles por Tucídides (62), el Menéxeno, epitafio fingido de los muertos del 386, atribuido por Platón a Aspasia, el también artificial de Lissias y los realmente pronunciados por Demóstenes e Hipérides, con motivo de la batalla de Queronea y de la guerra Lamíaca, respectivamente (63).

A partir de la comparación de los mismos se evidencia el carácter tópico que debieron tener tales discursos, siendo, al respecto, fundamental el testimonio de Platón, ya que el Menéxeno puede ser considerado ante todo como parodia de este subgénero epidíctico. Los temas obligados de los epitafios son el elogio de la ciudad, los soldados caídos y su general, la comparación con otras gestas gloriosas del pasado y la exhortación y consuelo de los vivos (64), elementos todos que suelen aparecer en los elogios fúnebres de la Biblioteca Histórica.

Los héroes de las Termópilas.

Como ha estudiado Nouhaud (65), la exaltación del sacrificio de Leónidas y los lacedemonios en el paso - de las Termópilas es uno de los motivos históricos habituales en los discursos del s. IV. En Isócrates el tema adquiere una especial transcendencia, en cuanto se convierte en un medio para acentuar la decadencia de - su propia época frente a los honrosos ideales del pasado. Por el contrario, la evocación de las Termópilas - de Lisias, Licurgo e Hipérides es un pretexto para, indirectamente, loar a los atenienses.

Diodoro, por su parte, realiza un tratamiento particularmente enfático y, de hecho, el epílogo que vamos a comentar, es el más retórico de toda la Biblioteca.

A nivel formal, se articula a partir de varias series de interrogaciones retóricas, introductorias de la argumentación sobre los méritos de los héroes, que culminan con invocaciones a imitarlos. Finaliza el epílogo aludiendo al tratamiento del tema en otros historiadores y con la cita de un fragmento de Simónides dedicado a los lacedemonios caídos en este combate.

Inmediatamente después de mencionar la muerte de los defensores de las Termópilas, el siciliano pasa sin transición al encomio:

XI, 11, 1: " ¿Quién no admiraría el valor de éstos? Ellos que, siguiendo una sola idea, no abandonaron la posición que les había sido asignada por Grecia sino que entregaron voluntariamente su propia vida por la salvación común de los -- griegos y prefirieron morir hermosamente a vivir con deshonra".

Es decir, se busca la equiescencia del lector siguiendo una argumentación de tipo descendente en la que se sitúa en primer lugar el resultado perseguido y siguen las causas que justificarían el juicio inicial. -- Los dos miembros de la demostración son articulados mediante el paralelismo sintáctico y la antítesis léxica: τὸν ἑαυτῶν δὲ βίον προθύμως ἐπέδωκαν εἰς τὴν κοινὴν - τῶν Ἑλλήνων σωτηρίαν, καὶ μᾶλλον εἴλοντο τελευτᾶν - καλῶς ἢ ζῆν αἰσχρῶς (66).

Continúa nuestro autor resaltando el efecto terrófico de esta resistencia en los bárbaros:

"Nadie podría dudar que los persas se aterrorizaron. ¿Quién de los bárbaros, en efecto, hubiera podido concebir lo sucedido?, ¿quién hubiera esperado que, quienes eran quinientos en total, se atreverían a atacar a cientos de miles?".

y culmina esta primera parte con la exhortación a seguir su ejemplo:

" Por ello, ¿quién de los hombres futuros no desearia imitar el valor de éstos que, en una situación extrema, fueron aniquilados en cuanto a sus cuerpos pero no vencidos en su espíritu? He aquí, pues, que éstos son los únicos de que tenemos mención histórica, que, a pesar de ser -- vencidos, consiguieron más fama que otros que -- consiguieron las más hermosas victorias" (67).

Del conjunto de los argumentos, extrae Diodoro la conclusión, comentada ya al estudiar su concepción de los factores históricos y a la que nos referiremos posteriormente a propósito de Alejandro, de que los hombres deben ser juzgados no por sus acciones sino por su intención, pues la Fortuna gobierna las primeras en tanto que los propósitos valen por sí mismos (68).

Acudiendo al mismo recurso, es decir exponiendo su propia valoración en forma de pregunta generalizada, el historiador introduce la segunda sección del encomio, en la que se vuelve a abundar en los mismos motivos en términos casi semejantes (69).

" Quién, pues, consideraría a alguien mejor que

quienes no siendo ni una diezmilésima parte de sus enemigos, osaron enfrentar en batalla su propio valor a incalculables multitudes, no porque esperasen vencer a tantos miles sino pensando que superaban en valentía a todos sus oponentes y que ellos no sólo hacían la batalla contra bárbaros sino que el certamen y el premio era frente a todos aquéllos admirados por su valor".

Reitera después su defensa de la patria por encima de la propia vida, les hace responsables de la victoria final sobre Jerjes y les atribuye, finalmente, el mérito de aterrorizar a los bárbaros e incitar a los griegos a mostrar igual heroísmo (70). Como ya dijimos, su recompensa fue la gloria inmortal y el eterno elogio de la historia y de la poesía (71).

Digamos que Diodoro, a pesar de eliminar del panegírico de las Termópilas algunas de las partes obligadas del epitafio, así el proemio, la comparación con otros hechos heroicos o las expresiones de condolencia a los allegados, como por otra parte es lógico ya que no escribe una pieza oratoria, con todo incluye la mayoría de los tópicos habituales de alabanza al ciudadano muerto en combate.

Así, la fidelidad a la misión encomendada y la defensa de la patria, aun a costa de la propia vida, es

un tema casi obligado en los discursos fúnebres conservados. El paralelismo expresivo con el texto de la Biblioteca de los siguientes, pertenecientes a Tucídides, Platón y Lisias, es evidente:

Tucídides, II, 42, 4: " Puesto que prefirieron en el momento del combate padecer antes que salvarse cediendo, evitaron una fama vergonzosa, - soportaron la acción a costa de su vida y en un breve instante de azar, en la culminación de su gloria más que de su miedo, perdieron la vida".

Platón, Menéxeno, 246 b: " Es necesario, pues, que cualquier ciudadano, en recuerdo de éstos, exhorte a sus descendientes, como en la guerra, a no abandonar el puesto de sus antepasados, a no retroceder, cediendo a la deshonra".

Lisias, Epitafio, 66: " Es justo alabar también a los extranjeros que están aquí, pues ayudaron al pueblo y luchando por su propia salvación, y considerando su valor como algo propio, con tan noble muerte terminaron sus vidas".

Pero, además, la concepción de que la muerte en combate es preferible a la ignominia, aparece en diferentes partes de la Biblioteca. Citeremos sólo dos ejem

plos, significativos en cuanto incluidos en dos batallas, Iso y Gabiana, no atribuibles a Eforo, sino a Clitarco y Jerónimo de Cardia.

XVII, 33, 7: " Pues combatían con coraje casi - hasta el último aliento, perdían la vida antes que el valor".

XIX, 42, 5: " Eumenes decidió seguir su destino y escapar a la deshonra".

Por lo demás el deseo de gloria, de decidir con una acción valerosa el resultado de la batalla, ya fue señalado por nosotros en páginas anteriores como un elemento reiterativo de este tipo de relatos en la Biblioteca (72); como también lo es la oposición entre la superioridad numérica y el valor guerrero, tema éste - para el que, como también hemos dicho, la batalla de las Termópilas es ejemplar.

La preeminencia de la intención sobre el resultado final del suceso, aparece, por ejemplo, en el famoso epitafio pronunciado por Pericles (73):

" Pues toda la tierra es la tumba de los hombres ilustres y no sólo la señalan las estelas en su propia patria, sino que también en tierra ajena un recuerdo no escrito, dentro de cada uno, más

de su intención que de su acción, pervive".

La gloria inmortal, recompensa de este sacrificio, es asimismo un motivo reiteradamente utilizado:

Tucídides, II, 43, 2: "Pues entregando sus vidas por la patria, consiguieron individualmente el elogio que nunca envejece y una tumba insigne, no en la que reposan, sino sobre todo aquélla en que su fama permanece para siempre, en cada ocasión que se presenta para la palabra o la acción".

Lisias, Epitafio, 79-80: " Pues su memoria no debe envejecer sino que sus virtudes deben ser imitadas por todos los hombres. Ellos, por su naturaleza, como mortales son llorados, pero por su valor, como inmortales son alabados".

Sin embargo, recordemos que el elogio de los buenos y el vituperio del malvado aparece en la Biblioteca como uno de los imperativos básicos de la historia.

En cuanto a la valoración concreta del significado de la batalla de las Termópilas, encontramos expuestas ideas similares a las de Diodoro en Lisias e Isócrates. El primero señala el contraste entre los éxi--

tos de los atenienses en Salamina y la derrota de las Termópilas, pero reconoce, implícitamente, el revulsivo que supuso para los griegos la gloriosa hazaña de los espartanos (74). Isócrates, por su parte, declara que el fracaso de Leónidas y los soldados era considerado como la mayor victoria de los lacedemonios (75).

En resumen, creemos que tanto en su forma, como en su temática el elogio de Leónidas y sus compañeros en la Biblioteca puede ser considerado tópico en muchos aspectos, en cuanto repite una serie de lugares comunes del género epidíctico, pero también convencional respecto al propio historiador, pues la mayoría de los motivos glosados tienen referentes en distintas partes de la Biblioteca. Con todo, es presumible una influencia de la escuela isocrática a través de Éforo, quien muy probablemente fue su fuente principal para los acontecimientos de la segunda Guerra Médica. Pero la reelaboración sufrida por Éforo debe ser substancial, como ya mencionamos respecto a la técnica de combate utilizada, a la fraseología y a otras características de la batalla de las Termópilas. Por ello, si bien no es descartable que en la historia de Éforo existiese un elogio de los héroes espartanos, por otra parte difícilmente reconstruible a través de Diodoro (76), tampoco lo es el que el siciliano compusiese su propio panegírico utilizando quizá una recopilación de exempla

relativos a sucesos históricos convertidos ya en auténticos mitos.

Pelópidas.

Si el elogio de los caídos en las Termópilas aparece como un texto histórico bastante coherente con el tipo tradicional de discurso funerario, es decir, el ofrecido al conjunto de soldados-ciudadanos muertos en combate, en los encomios de Pelópidas y Epaminondas la exaltación se traslada de lo general a lo particular, de la colectividad al individuo, evolución que no carece de correlatos en la oratoria (77).

El epílogo correspondiente a la batalla de Cinoscéfalos se abre con las siguientes palabras, aparentemente paradójicas (78):

" Los tebanos, a pesar de haber conseguido una célebre victoria, decían a todo el mundo que, a causa de la muerte de Pelópidas, ellos habían sido los derrotados; en efecto, al haber perdido a un hombre tan ilustre, con razón consideraban la victoria inferior a la gloria de Pelópidas".

Nos encontramos, pues, con una versión invertida del juicio de nuestro autor respecto a las repercusio-

nes históricas de la catástrofe de las Termópilas : si la derrota de Leónidas no fue tal porque dio coraje a los griegos y los impulsó hacia el éxito definitivo, - la victoria tebana fue una derrota material y moral en cuanto marcó el comienzo de la decadencia de esta ciudad, idea que aparece formulada más explícitamente en el elogio fúnebre de Epaminondas.

Y como para probar el estinado juicio de los contemporáneos del suceso, intercala Diodoro un excursus en el que se enumeran las hazañas mediante las cuales el estratega contribuyó al poderío de Tebas y que le reportaron, en vida, la estima de sus conciudadanos y el elogio eterno de la historia.

Ahora bien, lo sorprendente de este catálogo de "πράξεις" es que ninguno de los méritos aducidos en él por el historiador fueron destacados anteriormente en su lugar cronológico-narrativo, hecho éste ya señalado por Viel en su introducción al libro XV de la Biblioteca (79).

En efecto, al hablar de la toma de Cadmea (XV, 20; 25-27) Diodoro no atribuye a Pelópidas ninguna acción memorable y es más, ni siquiera lo nombra. En cambio - en su epitafio se nos dice que "unánimemente le fue concedida la primacía de la victoria" (80).

En cuanto a la batalla de Tegira, la segunda haza

ña incluida en el catálogo, si bien fue resaltada en - su momento (XV, 37, 1-2) la transcendencia de este acontecimiento para la consolidación de la hegemonía tebaná, tampoco Diodoro aludió allí al papel desempeñado por Pelópidas. Por otra parte al afirmar en el epílogo de Cinoscéfalos que tras esta victoria "los tebanos -- erigieron, por primera vez, un trofeo sobre los lacedemonios" (XV, 81, 2), contradice su propia información anterior ya que en XV, 34, 2 leemos que ese primer trofeo se erigió en el curso de la segunda expedición de Agesilao contra Beocia, es decir, un año antes de Te-gira (81).

La constatación en el panegírico del protagonismo de Pelópidas en Leuctra quizás sea lo más llamativo -- del mismo. Mientras en este contexto se le hace comandante del Batallón Sagrado, en el extenso relato de la batalla de Leuctra (XV, 51, 56) ni Pelópidas ni tal -- unidad militar de élite son mencionados.

Ciertamente Diodoro señala en su lugar correspondiente (XV, 62, 4) la participación del estratega, como beotarca junto a Epaminondas en la campaña contra -- territorio lacedemonio; con todo, es la actividad del último la resaltada en el asedio de Tebas y, además, -- nada en estos capítulos apoya la aseveración del encomio de que Pelópidas erigió el trofeo (82).

Por último, la filantrópica mediación de Pelópidas ante el Rey persa en favor de los mesenios fue omitida

por el historiador siciliano para quien, por otra parte, el máximo causante del repoblamiento de Mesenia es Epaminondas (83).

En resumen, de los seis episodios gloriosos de la historia de Tebas en los cuales, según el epitafio diodoreo, se cimentó la fama del estratego homenajeado, - únicamente el último, la propia batalla de Cinoscéfalos donde murió heroicamente, tiene un correlato en la Biblioteca.

Vial interpreta dicha incoherencia interna como - una prueba suplementaria contra quienes consideran a - Éforo fuente única para toda la historia griega del libro XV y afirma (84):

" Es incluso cierto que, para los asuntos de -- Grecia, consultó al menos dos fuentes distintas: los hechos alegados en el elogio de Pelópidas - (XV, 81) han sido ya ignorados en los capítulos anteriores, ya relatados de una manera distinta".

Las palabras de Vial, aunque no carecen de cierta ambigüedad, pensamos que podrían interpretarse en los siguientes términos: la información del libro XV que - pone el acento sobre todo en la figura de Epaminondas, provendría básicamente de Éforo, en tanto que para el encomio de Pelópidas habría acudido a otra fuente a fin

de completar el historial político-militar del segundo gran estratega tebano.

No es nuestro propósito rebatir la afirmación de Vial, ni menos todavía dar nombre al historiador o historiadores de quienes el siciliano pudo servirse para los pasajes comentados, pero sí nos parece arriesgado deducir una segunda fuente, diferente a la de Éforo, a partir de este único episodio. La cuestión podría ser, con mucho, más compleja e incluso contradictoria si analizamos el relato de la batalla de Cinoscéfalos en su totalidad.

Así, por una parte, si confrontamos los textos aludidos de la Biblioteca con la biografía plutarquiana - de Pelópidas, basada presumiblemente en Éforo (85), podríamos llegar a la conclusión contraria, es decir, a que lo más eforeo de la historia de Pelópidas de la Biblioteca es, precisamente, el epílogo.

Plutarco, en efecto, le considera la figura decisiva en la toma de Cadmea, suceso que, parafraseando - al biógrafo, supuso la ruptura de las cadenas que simbolizaban la hegemonía lacedemonia (86).

El protagonismo del personaje en el acrecentamiento de la grandeza de Tebas vuelve a ser realizado por - Plutarco en la narración de la batalla de Megara (87), victoria que él interpreta como una especie de preludeo

de Leuctra. La valoración del acontecimiento aparece, por otra parte, expresada en términos similares tanto en el relato del historiador beocio cuanto en el del siciliano:

Plutarco (Pelópidas, 17, 11) : " En efecto, parece que en tantas guerras contra griegos y bárbaros nunca antes, siendo superiores en número, habían sido vencidos (los lacedemonios) por tropas inferiores, ni tampoco en igualdad de condiciones en batallas campales. En consecuencia, eran irresistibles y temibles por su reputación para quienes les presentaban batalla, que no se atrevían a ir contra los espartanos ni de igual a igual".

Diodoro, XV, 37, 1-2: " En efecto, como los lacedemonios tenían una guarnición en Orcómeno con muchos soldados y habiendo presentado batalla a los tebanos, se produjo un duro combate en el que los tebanos, aun siendo dos veces menos numerosos, vencieron a los lacedemonios. En efecto, nunca había llegado a ocurrir una cosa semejante en tiempos pasados, sino que se consideraba feliz el que muchos venciesen a pocos (lacedemonios). Por ello, los tebanos se llenaron de confianza y lograron una gran reputación de va-

lentía y fue evidente que pretendían la hegemonía de Grecia".

En lo relativo a Leuctra, los datos sobre Pelópidas ausentes en Diodoro en el relato del suceso y que, no obstante, están presentes en el elogio fúnebre, --- coinciden con los ofrecidos por la Vida de Plutarco -- (88), quien también señala la destacada participación de aquél junto a Epaminondas en la expedición contra - Esparta (39).

De otra parte, el historiador tebano describe detalladamente la embajada de Pelópidas ante el Rey en - la que, según Plutarco, consiguió la autonomía de los griegos y la repoblación de Mesenia (90).

Las versiones de ambos historiadores sobre la batalla de Cinoscéfalos, en fin, coinciden en los detalles históricos esenciales e, incluso, a ese nivel, podrían contemplarse como complementarias. Uno y otro si túan el origen del conflicto en una embajada de los te salios a Tebas, en la cual se pide que los beocios sta quen militarmente al tirano Alejandro de Feras y que - el mando sea confiado a Pelópidas, demanda que es aten dida favorablemente por la Asamblea Federal (95). Como ya tuvimos ocasión de comentar, el episodio relativo a los prodigios que acompañaron la salida de la expedi-- ción, tampoco presentan graves discordancias. En cuanto a la descripción del combate propiamente dicho, a -

pesar de que la versión de Plutarco es más detallada, los hechos esenciales coinciden: topografía del campo de batalla (92), ventaja previa de Alejandro por su mejor situación (93), reto entre ambos estrategos (94), bravura y muerte heroica de Pelópidas (95).

A partir únicamente de estos paralelismos se podría deducir una fuente común a Diodoro y Plutarco, - historiador que, según la opinión más extendida, podría identificarse con Éforo. No obstante, la problemática de las autoridades de las Vidas plutarquianas es intrincada, y en concreto, para la de Pelópidas se ha propuesto a Calístenes como fuente común a Éforo y Plutarco (96). Por otra parte, la tradicional adscripción de una única fuente para cada sección de la Biblioteca, como hemos señalado repetidamente, ha dejado de ser asumida sin reservas.

Por todo ello, quizá sea necesario, como por otra parte defiende la propia Vial (97), cambiar de perspectiva metodológica a fin de explicar la singularidad del epílogo moralizante de Cinoscéfalos atendiendo con prioridad a cuestiones intrínsecas a la Biblioteca Histórica, para lo cual no siempre es, en principio, imprescindible entrar en la complicada y en gran medida irresoluble discusión acerca de las fuentes -- que inspiraron cada pasaje.

En efecto, para nosotros en el relato de la batalla de Cinoscéfalos se ejemplifica a la perfección esa inclinación del escritor de Agirio a convertir cual -- quier episodio que mínimamente se preste a ello, en una lección ejemplar, talante característico de nuestro sutor sea cual sea la autoridad que se halle en la base de su exposición. Más aún, en el caso que nos ocupa, -- cabría incluso considerar que la descripción del hecho militar ha servido, en cierta medida, como pretexto para incluir el epílogo, el panegírico de Pelópidas.

Así, más de la mitad del capítulo 80 del libro XV está dedicado a los prolegómenos de la batalla: causas de la campaña, pronósticos funestos sobre la misma, itinerario. A continuación, Diodoro hace un esbozo del desarrollo del combate, sirviéndose de una serie de tópicos narrativos utilizados constantemente en las diversas partes de la Biblioteca. Se nos dice que los tebanos contaban con siete mil hombres y veinte mil el tirano quien, por otro lado, ocupa los lugares más favorables del campo de batalla. Frente a tal desventaja -- inicial, Pelópidas sólo cuenta con su valor y su pundonor, valoración de ventajas características de los relatos militares de Diodoro. Estalla una "dura batalla", en la cual Pelópidas combate de modo excelente, "llena el lugar de cadáveres", y, finalmente sucumbe también de manera convencional: cubierto de heridas y como un

héroe (98).

En resumidas cuentas, una descripción imprecisa desde el punto de vista técnico-estratégico, en la que la atención se halla desplazada hacia la rivalidad de los jefes y el heroísmo de Pelópidas, como bien advirtió Vial (99).

Pero si bien en el caso de que el personaje no hubiese muerto en Cincoscéfalos, tal vez no habría en Diodoro más que una breve alusión al suceso, no ha sido incluido este catálogo de hazañas arbitrariamente. En efecto, el tópico diodoreo de la alabanza obligada al estratega caído en la lucha se convierte en un recurso apropiado y coherente en el contexto de una historia moralizante como la del siciliano.

Siguiendo, por tanto, sus principios programáticos, si el encomio se nos presentaba como la argumentación explicativa del duelo de los tebanos por su jefe muerto, las palabras que cierran el catálogo de "ἀρά-ξαις" no pueden ser más explícitas.

XV, 81, 4: "Pelópidas, pues, como a causa de su valor particular consiguió la estimación de todos, ha de obtener también de nosotros el elogio de la historia".

En consecuencia, tal vez no carezca de razón pos-

tular como hipótesis que nuestro autor, obligado por los imperativos de extensión "física" del relato que conllevaba el ambicioso proyecto de escribir una Historia Universal, pudiese omitir en su correspondiente lugar de la línea cronológico-narrativa las referencias al importante lugar de Pelópidas en esa etapa de la historia de Grecia, a fin de resaltar, de otorgar más espacio a la actuación de Epaminondas, el auténtico protagonista del libro XV. No obstante, con motivo de la muerte de aquél, y por las razones arriba apuntadas, bien pudo considerar conveniente volver atrás, revisar sus notas de lectura y ordenar los datos que le suministraban sus fuentes, un único historiador o varios de ellos, para completar lo que, por razones de economía del conjunto de la obra, había pasado por alto con anterioridad.

Según esta hipótesis, pues, la incongruencia interna que significa el epílogo de Cinoscéfalos en la Biblioteca, podría explicarse acudiendo sólo a razones así mismo internas, es decir, las derivadas de los problemas inherentes al plan general de la obra de Diodoro y de las exigencias de su proyecto pedagógico y moralizante.

Epaminondas.

Mientras el elogio de Pelópidas se articula como un catálogo de sus hazañas políticas y militares, el -

de su colega y compatriota Epaminondas aparece como una enumeración de las cualidades que adornaban su persona, contraste éste ya observado por Vial (100). Pero, además, el epílogo de la batalla de Mantinea funciona en cierta medida como una verdadera recapitulación en el sentido de que las excelencias adjudicadas a Epaminondas en su elogio fúnebre tienen referencias en otros pasajes del libro XV, lo cual, junto a una composición mucho más elaborada y retórica, abunda en las diferencias con el epitafio de Pelópidas.

En primer lugar, entre la narración estrictamente militar y el excursus moral se intercala el episodio célebre de los instantes postreros del héroe, pasaje en el que Diodoro finaliza el retrato del tebano, cuyos trazos, como dijimos, aparecen en diversas partes del libro XV.

Epaminondas es trasladado, aún con vida, al campamento tebano. Los médicos le comunican que morirá en cuanto le sea extraída la lanza que tiene clavada en el pecho. Sin embargo, su próximo fin no parece inquietar al estratega quien únicamente se interesa por la suerte de su escudo y por el resultado de la batalla. Una vez tiene el escudo ante sus ojos y le es comunicada la victoria beocia, exclama: "Es tiempo de morir" (101) y ordena le sea arrancado el proyectil. Sus últimas palabras van dirigidas a quienes se lamentan de que muera -

sin descendencia: " Dejo dos hijos, Leuctra y Mantinea" (102).

El texto de la Biblioteca nos transmite una muerte serena, aceptada y, en cierta medida, minimizada -- por el propio personaje a quien sólo preocupan su propia "δόξα", su honor guerrero simbolizado por el escudo, y la suerte de su patria (103). Volvemos a encontrarnos, pues, como en el epílogo de las Termópilas, con la consideración del desprecio a la propia vida, la búsqueda del honor personal y el sentimiento patriótico como los más altos valores de la ética guerrera.

El encomio de Epaminondas se introduce mediante una justificación de carácter general, que incide sobre el talante moralizante de toda la obra de Diodoro, seguida por el juicio del propio historiador respecto a los méritos del personaje:

XV, 88, 1: " Nosotros, puesto que acostumbramos a hacer el elogio correspondiente a la muerte de los hombres de bien, en modo alguno consideraríamos conveniente dejar pasar sin mención la muerte de tan gran hombre. En efecto, me parece que no sólo aventajó a sus contemporáneos en talento y experiencia como estratega, sino también en moderación y magnanimidad".

Nombre seguidamente a una serie de hombres ilustres contemporáneos o anteriores a Epaminondas y concluye diciendo que de la comparación de las virtudes de aquéllos con las de éste, se deduce la superioridad del tebano en cuya persona se encontraban reunidas todas las cualidades insignes de los demás, méritos que a continuación enumera.

Finalmente, Diodoro identifica el destino de Tebas con el de Epaminondas y termina el excursus con una fórmula que parece serle bastante grata:

XV, 88, 4: " Tal fin tuvo la vida de Epaminondas cuya virtud es unánimemente celebrada".

Una vez expuesto el contenido y las divisiones -- del epílogo de Mantinea, pasaremos a estudiar los aspectos más significativos del mismo.

Destaquemos, en primer lugar, la coherencia interna de la imagen de Epaminondas a lo largo de la Biblioteca.

La primera referencia al personaje aparece en un texto fragmentario, X, 11, 2, donde se nos habla de la educación pitagórica de Epaminondas, afirmándose que -- su carácter enérgico y frugal, así como sus restantes virtudes se debían a las enseñanzas de su mentor, el -- pitagórico Lisis. Sobre la influencia de tales princi-

pios filosóficos en las virtudes militares (ἀνδρεία - καὶ στρατηγικὴ σύνεσις) del estratega, se insiste en XV, 39, 2 y en un texto ya comentado de los prolegómenos de la batalla de Leuctra (104) como medio de explicar su desprecio por las actitudes supersticiosas. Por último en XVI, 2. 3 se vuelve a aludir a la importancia del pitagorismo en la carrera militar de Epaminondas, con quien se compara a Filipo de Macedonia, también -- discípulo aventajado de esta filosofía (105).

Sin embargo, en el elogio fúnebre no se resalta -- su formación filosófica, sino otras cualidades, algunas de las cuales en los textos citados se explicaban como efectos de la misma.

Como primera excelencia de Epaminondas destaque -- Diodoro en el epílogo la fuerza física (ῥώμη σώματος). Esta característica innata es destacada en XV, 39, 2 -- como la causa determinante, junto a su preparación filosófica, de sus grandes éxitos y puede ser considerada como un tópico diodoreo aplicable a todos los tebanos en el libro XV, como ya señaló Visl (106), pero presente también en otras secciones de la Biblioteca. Así, en el asedio de Tebas por las tropas de Alejandro, texto por tanto atribuible a Clitarco, se resalta la superioridad física de los tebanos, resultado del continuo entrenamiento, en términos similares a otro pasaje del libro XV:

XV, 50, 5: " Debido a que pasaban todo el tiempo en los gimnasios, poseían un gran vigor físico y como tenían un carácter belicoso, no eran inferiores en valentía a ningún otro pueblo -- griego".

XVII, 11, 4: " Pero los tebanos, superiores por la fuerza de sus cuerpos y por los continuos entrenamientos en los gimnasios, hacían frente a los peligros con la firmeza, además, de su presencia de ánimo".

La elocuencia (δεινότης λόγου) se adjudica a -- Epaminondas sólo en el epílogo de Mantinea y, sin duda, a partir de ella se establece la comparación con Pericles y Timoteo, dos de los estrategos célebres citados en este panegírico, a quienes Diodoro califica en otros pasajes de hábiles oradores (107). En cuanto a la nobleza de alma (ψυχῆς λαμπρότης), como ya observó Vial (108), es mencionada sólo en este contexto, pero se -- aplica a los demás ilustres jefes de la Biblioteca, Filipo y Leóstenes, por ejemplo.

Por otra parte, la "μεγαλοψυχία" era una de las -- cualidades relevantes de Epaminondas, según Plutarco -- (109).

El desprecio de la riqueza (μισαργυρία), como -- atributo prototípico del estratego tebano, aparece tam

bién en un texto fragmentario (XXXI, 26, 2), donde se establece la comparación entre Epaminondas, Arístides y Escipión Emiliano a partir de tal característica -- (110).

El carácter moderado de Epaminondas y su equidad (ἐπιείκεια), son así mismo resaltados por Plutarco (111), y quizá sea el término que subyace en la comparación con Arístides establecida por Diodoro en el -- epílogo de Mantinea (112).

Sin embargo, por encima de todas estas cualidades morales del homenajeado nuestro autor sitúa las propias de su oficio militar: la valentía (ἀνδρεία) y la inteligencia estratégica (σύνοσις στρατηγική), -- calificación que, como ya hemos estudiado en otra parte de nuestro trabajo, se aplica sistemáticamente a todos los jefes destacados. Así la mayor parte de los -- hombres ilustres con quienes se compara ahora Epaminondas, han sido ya calificados por Diodoro como valientes y hábiles estrategos.

En efecto, en XV, 88, 2, el siciliano menciona entre los contemporáneos al tebano Pelópidas, los ste---nienses Timoteo, Conón (113), Cabrias e Ifícrates. A continuación comienza a remontarse en el tiempo citando a Agesilao de Esparta y a los siguientes personajes de los siglos VI-V; Solón, Temístocles, Milcíades, Cimón, Mirónides, Pericles y, entre los sicilianos, Gelón. Excepto Solón (114), todos han sido considerados

en su momento por Diodoro como generales modélicos -- (115).

Por otra parte, si comparamos este apartado del - encomio con los panegíricos de Gelón y Mirónides, se - deduce claramente el carácter tópico de éstos parale-- lismos entre personajes históricos, que se suelen repe-- tir y que parecen ser permutables.

Así, en el epílogo de Himera recordemos que Gelón era comparado con dos generales célebres de su propia época, Temístocles y Pausanias, saliendo el estratego siciliano favorecido en tal contraste.

Temístocles volvía a intervenir, en compañía de - Milcíades y Cimón, en el elogio de Mirónides, sin que se estableciese la preeminencia de ninguno de ellos.

Excepto Pausanias, todos ellos son relacionados - con Epaminondas, y como novedad, además de los contem-- poráneos, se nombra a Solón, Pericles y Conón, persona-- lidades que en otros pasajes de la Biblioteca intervie-- nen en enumeraciones similares.

En el prólogo del libro XII, Pericles es nombrado entre los oradores famosos e inmediatamente se citan los nombres de los grandes estrategos del s. V, Milcíades, Temístocles, Arístides, Cimón y Mirónides (116). Y en el prólogo del libro XXVI, entre los hombres céle-- bres de todos los tiempos, son mencionados, formando - parejs, Solón y Arístides como prototipos de bonhomía.

En consecuencia, Conón es el único personaje anterior a Epaminondas y presente en su epitafio con quien no se ha establecido comparación alguna en los libros conservados de la Biblioteca.

Ahora bien, como ha estudiado Nouhaud, estos personajes históricos se habían convertido en arquetipos y su evocación. un lugar común en la oratoria del siglo IV (117). Temístocles, Solón y Pericles aparecen agrupados en Lisias (118) como ejemplo de buenos legisladores. El primero de ellos es relacionado con Aristides por Dimarco (119), con Conón por Demóstenes (120), y con Milcíades por Isócrates (121).

De igual modo los estrategos del s. IV Timoteo, Cabrias e Ifícrates con objeto de alusiones por parte de diferentes oradores (122) y el propio Epaminondas se convierte casi en un héroe de la epopéya (123).

Así pues, al igual que en los casos de Gelón, Mirónides o Leónidas, creemos que el procedimiento empleado por Diodoro para realzar la figura de Epaminondas en su elogio fúnebre, ha de ponerse más en relación con una tradición literario que con una fuente concreta. En efecto, aun sin descartar que Éforo estableciese paralelos similares entre esas figuras históricas, es evidente que Gelón, al menos, debió de ser incluido por el propio Diodoro a fin de resaltar la sig-

nificación de su compatriota (124).

Nos queda por comentar un elemento del epílogo de Mantinea que tal vez podría ratificar la hipótesis de que nuestro autor está aquí resumiendo a Éforo. Nos referimos al tema de la concepción de la hegemonía tebanas como indisolublemente unida al destino de sus dirigentes, una de las ideas centrales del libro XV.

Así en XV, 39, 1, leemos que Tebas aspiraba a la hegemonía y que la logró gracias a sus generales Pelópidas, Gorgias y Epaminondas, los mejores de los griegos en su época, juicio reiterado en 50. 6. En el relato de Leuctra (56, 3) se adjudica la victoria al valor personal de Epaminondas y más adelante Diodoro afirma:

XV, 79, 2: " Si este hombre hubiese vivido más tiempo, los tebanos habrían conseguido, según la opinión de todos, además de la hegemonía en tierra, el dominio del mar. Pero ya que poco -- después, tras conseguir una brillante victoria para su patria en la batalla de Mantinea, murió heroicamente, a la vez también la grandeza de Tebas pereció con él. Pero al respecto hablaremos detenidamente más adelante ".

Ya señalamos como tras la batalla de Cinoscéfalos, la muerte de Pelópidas convirtió la victoria en derrota y en el epílogo de Mantinea, (88, 4), escribe nuestro historiador:

" Mientras vivió, su patria consiguió la hegemonía y la perdió con su muerte".

Vial (125) ha observado bien que las causas aducidas por Diodoro a fin de explicar la etapa hegemónica tebana, concuerdan a la perfección con un fragmento de Éforo (126), para quien la muerte de Epaminondas señaló el fin del efímero dominio de Tebas sobre Grecia, - ya que los beocios sólo cultivaron el valor guerrero y no la vida política.

Con todo encontramos un análisis similar en Jenofonte, aunque restringido al desarrollo de la batalla de Mantinea:

Helénicas, VII, 5, 25: " Una vez que él (Epaminondas) sucumbió, los demás no fueron capaces - de aprovechar la victoria".

Más significativo es el testimonio de Dinarco ---
(127) :

" Atenienses, ¿Cuál creéis la causa de que las

ciudades vayan bien o mal? Sólo encontraréis -- una causa: los consejeros y los jefes. Mirad la ciudad de Tebas. Era una ciudad y se convirtió en la ciudad más poderosa. ¿Cuáles eran sus líderes y estrategos? Todos los antiguos, en los que me apoyo para afirmároslo, concuerdan al decir que Pelópidas, dirigía el Batallón Sagrado y que Epaminondas y los suyos ostentaban el mando, cuando la ciudad de Tebas venció en la batalla de Leuctra".

Por ello, aún considerando muy probable que Diodoro siguiese de cerca a Éforo, ante la incertidumbre de las fuentes preferimos hablar de un análisis histórico que remonta al siglo IV. En cuanto al epílogo propiamente dicho, y aun sin descartar un hipotético texto -- similar en Éforo, podría probar sin más la vigencia de procedimientos y motivos literarios nacidos en el campo de la oratoria, influyentes en gran parte de la historiografía posterior y que Diodoro ha hecho suyos y -- adaptado, con su estilo habitual, en un proyecto histórico moralizante. Por otra parte, al incluir en el catálogo de virtudes de Epaminondas la moderación, la -- "ἐπιείκεια", lo adorna con la mayor excelencia atribuída en la Biblioteca a los grandes hombres, tema éste que estudiaremos a continuación.

LA MODERACIÓN EN EL ÉXITO

El tema de la actitud del vencedor hacia el vencido, en particular a propósito de los cautivos de guerra, es desarrollado por Diodoro en el grupo numéricamente más importante de epílogos de batallas de la Biblioteca, bien a partir de la inclusión de una anécdota, bien mediante reflexiones personales moralizantes.

Como ha estudiado Ducrey (128), los griegos nunca llegaron a tener una auténtica codificación jurídica - sobre las prerrogativas del vencedor respecto al vencido, sino que solían atenerse a una serie de usos tradicionales, sancionados por prescripciones religiosas, - la violación de los cuales se consideraba como "ἀδικία", como un acto en contra de la justicia. Ahora bien, la historia griega nos proporciona numerosos ejemplos de conductas innecesariamente crueles y, sin embargo, no explícitamente condenadas, ya sea por la diferenciación entre enemigos justos o injustos, ya porque, cuando se trata de bárberos, tales normas morales no tenían validez (129). Ese carácter consuetudinario hizo que el problema fuese repetidamente debatido por oradores e historiadores, hasta el punto de convertirse, en palabras de Préaux, en un "tema literario y exclusivamente literario" (130).

En cuanto a Diodoro, digamos que el hecho de que los dos discursos más extensos conservados de la Bi -- biblioteca aborden la cuestión, probaría sin más la rele vancia que le asignaba, puesto que, como ya expusimos, la inclusión de piezas oratorias es objeto en nuestro autor de restricciones importantes.

Nos referimos a los dos discursos antagónicos pronunciados por Nicoloao y Gilipo en la asamblea celebrada en Siracusa en el año 413, tras ser derrotados defi nitivamente los atenienses (131)

En su alocución a los ciudadanos que han de decidir la suerte de los prisioneros atenienses, Diodoro pone en boca del siracusano Nicoloao una ardiente de-- fensa de la filantropía y la piedad que deben presidir las relaciones entre vencedores y vencidos, hecho éste en principio sorprendente ya que, como señala el siciliano, Nicoloao había perdido a los hijos en la guerra y debido a su avanzada edad hubo de ser sostenido por sus esclavos en la tribuna (132). La argumentación del personaje podría ser resumida en los siguientes términos: los atenienses ya han recibido su castigo de ma-- nos de los dioses y de los propios siracusanos (133); no existe gloria en regodearse con la desgracia del -- vencido, pues la Fortuna suele actuar de una manera ca prichosa y los ahora vencedores pueden encontrarse en otro momento subyugados (134); la filantropía ratifica

y aumenta el prestigio de la victoria (135), en tanto que la crueldad no tiene en cuenta la común naturaleza de todos los hombres y es aún más odiosa cuando se --- ejerce contra griegos, contra hermanos de sangre (136).

El laconio Gilipo pronuncia su discurso en un tono muy diferente. Se extraña, en primer lugar, de que sea un siracusano el defensor no de suplicantes sino - de enemigos (137); éstos no fueron obligados por la -- fortuna a comenzar una guerra injusta: fueron crueles e inhumanos al atacar Sicilia, por ello no pueden apelar a la filantropía para evitar el castigo (138); finalmente la debilidad ante los prisioneros haría persistir a Atenas en su política expansionista; es decir, la seguridad de la patria se debe imponer sobre cualquier consideración humanitaria (139).

Schwartz (140) fue el primero en señalar que, aun que el relato de la expedición contra Sicilia proveniría de Éforo, los discursos podrían deberse a Diodoro mismo, tesis que ha sido aceptada casi sin excepciones (141). Drews encontró correlatos del discurso de Nicolo en secciones no eforas de la Biblioteca (142) y - de Romilly apoyó la hipótesis de la autoría de Diodoro, resaltando, a la vez, el carácter excepcional del discurso del anciano siciliano en la literatura griega. - (143). En efecto, destaca la investigadora francesa --

que este alegato en favor de la filantropía y la clemencia sería imposible de concebir en el s. V y que con toda probabilidad se debe al nuevo clima moral e intelectual del s. IV, a Isócrates y a la tradición historiográfica de él derivada. En cuanto a Gilipo, como Demóstenes, representa la visión tradicional, la que pone el acento sobre las guerras injustas y las razones de tipo práctico. Diodoro, pues, habría reflejado en la asamblea de Siracusa, los debates que, sobre la piedad hacia el vencido, se producirían en Atenas un siglo más tarde. Con todo, como apuntamos, de Romilly no descarta que Diodoro, un autor especialmente sensible a la "ἐπιείκεια" elaborase, al menos, el discurso de Nicolao.

En un artículo reciente J. Lens ha demostrado que estos discursos antagónicos reflejan, a niveles teóricos, la doble concepción diodorea sobre el alcance y las restricciones del dominio de la clemencia. Al respecto, afirma (144):

" A los que simplemente han sido derrotados se les debe otorgar perdón y, en consecuencia, un trato equitativamente humanitario, pero los que, antes de ser vencidos, han cometido injusticia, especialmente hacia los que entonces les estaban sometidos, no pueden esperar que se les ir-

flija un trato diferente del que ellos habían otorgado a sus súbditos".

Por nuestra parte, en las páginas siguientes intentaremos detectar tal ambivalencia de planteamientos a través de los epílogos moralizantes de algunas batallas de la Biblioteca, para lo cual nos servirá, como hilo conductor, la figura de Alejandro de Macedonia.

La magnanimidad de Alejandro.

Como ya señaló Drews y posteriormente ha estudiado Goukowsky, entre los héroes de la Biblioteca, Alejandro aparece como la personificación del soberano ideal (145). En efecto, a través de la lectura del libro XVII asistimos al despliegue de una serie de cualidades, innatas o adquiridas, y a la glorificación por parte de Diodoro de los valores militares, políticos y morales del monarca macedonio.

Alejandro es, en primer lugar, un político hábil, un gran estratega, capaz de ingeniar todo tipo de estrategias y maniobras y dotado del valor, la energía y el pundonor necesarios para decidir la suerte de una batalla. Pero por encima de todo, Diodoro valora su moderación y su bondad naturales, lo que lo convierte en hombre de estado modélico (146). Todas estas virtudes eran atribuidas por el siciliano a Epaminondas, pero recordemos que en su elogio fúnebre se sobrevaloran las estric

tamente militares y que el tema de la "ἐπιείκεια" del tebano no tenía anteriores desarrollos en la Biblioteca.

Por el contrario, Diodoro dedica el epílogo de la batalla de Iso únicamente al elogio de esta cualidad -- del Rey macedonio, tomando como pretexto su comportamiento hacia la familia de Darío convertida, tras la derrota, en cautiva de guerra.

El epílogo propiamente dicho (XVII, 37, 5-38) enlaza temáticamente con dos escenas patéticas que, dadas las coincidencias con el relato de Curcio (147), probablemente derivan de Plutarco (148). En la primera de ellas (149), se nos habla de las vejaciones a que son sometidas las desdichadas (τὰς ἠτυχηκυίας) mujeres persas por una parte de los macedonios durante el asalto del campamento, conducta desmesurada que Diodoro califica de regalo de la Fortuna (ταῖς τῆς τύχης δωρεαῖς). Sin embargo, los más moderados de los macedonios (οἱ δ' ἐπιεικέστατοι) sienten compasión al contemplar el cambio de suerte (τὴν μεταβολὴν τῆς τύχης) de estas desgraciadas (τῶν ἀκληροῦντων), reducidas a una infortunada (ἀτυχῆ) cautividad. Pero les conmovía, sobre todo, la trágica situación de la madre, esposa e hijos de Darío debido a que en ellos el cambio brusco de la Fortuna (ἡ μεταβολὴ τῆς τύχης) y la magnitud de sus inesperadas desgracias (τῶν ἀνεπιόστων ἀκληροημάτων) eran aún más evidentes, lo que provocaba un sentimiento --

de compasión hacia estos desdichados (τοῖς ἠτυχηκόσι). La segunda escena se produce cuando, al volver Alejandro al campamento, las prisioneras creen equivocadamente que trae consigo los despojos de Darío. Informado el rey, envía a consolarlas a Leonato para que les comunique que Darío vive, y que, al día siguiente, tiene intención de demostrarles su particular filantropía. Al oír a Leonato las cautivas estallan en llanto y debido a esta extraordinaria y totalmente inesperada buena suerte (παραδόξου καὶ ἀκηλιτισμένης εὐτυχίας), ven en Alejandro a un ser divino (ὡς θεόν).

La omnipresencia de la "τύχη" se evidencia, como hemos resaltado, a través del propio léxico utilizado, cuya reiteración marca una primera diferencia entre las versiones de Diodoro y Curcio, a pesar de las incuestionables similitudes de detalle de ambos historiadores (150). Destaquemos, asimismo, que la filantropía de Alejandro invierte por completo la situación de las prisioneras. Su comportamiento, como el de la Fortuna, es extraordinario e inesperado, lo que justifica que aquéllas consideren su conducta semejante a la de un dios.

La visita de Alejandro y Hefestión a la familia -- real persa es recogida por todos los historiadores de Alejandro conservados y, como prueba el testimonio de Arriano (151), probablemente deriva de Clitarco. En -- cuento a Diodoro, incide especialmente en el carácter --

bondadoso del macedonio quien, lejos de ofenderse cuando Sisigambriis saluda ceremoniosamente a Hefestión como si él fuese el soberano, le llama "madre" y comenta -- nuestro autor que con esta apelación le demostró el trato filentrópico que reservaba para las que antes eran -- desdichadas (τοῖς προητυχηκόσι) y, además, se lo de-- mostró con hechos, ya que no sólo les restituyó su ante-- rior dignidad, sino que las rodeó con un lujo aún mayor que el acostumbrado en la corte persa. Tal dicha inespere-- rada provoca el llanto de las mujeres.

A continuación, nuestro autor enlaza el episodio -- con la reflexión moralizadora, mediante una fórmula rei-- teradamente utilizada en los epílogos estudiados como -- introducción del encomio obligado:

XVII, 38, 3: " Y dándoles la mano derecha (152) para ratificar sus promesas no sólo consiguió el elogio de los que habían sido beneficiados, sino que entre todo su ejército obtuvo una extraordinaria reputación de bondad (ἐπιεικείας)".

Los párrafos siguientes, significativamente ---- escritos en primera persona, constituyen uno de los -- textos más importantes de la Biblioteca, tanto por la valoración de la clemencia hacia el vencido como la -- virtud suprema de los dirigentes, cuanto porque Diodo-

ro mismo explicita los factores que intervienen en el devenir histórico.

En cuanto a lo primero, Diodoro afirma que la compasión mostrada por Alejandro hacia las mujeres fue su hazaña más gloriosa:

XVII, 38, 4: " En una palabra, yo creo que de - las muchas y bellas acciones cumplidas por Alejandro, ninguna es más importante ni más digna de mención y recuerdo histórico que ésta".

Más adelante, señala que ésta no es la conducta - habitual del vencedor, sino que la mayoría de los hombres son incapaces de soportar la buena suerte, "como si se tratara de una pesada carga" (153). Este carácter inesperado realza aún más la moderación de que hizo gala el macedonio ante sus regias prisioneras y nos permite matizar una afirmación anterior: Alejandro, como la Fortuna, ha trastocado milagrosamente la suerte de las mujeres, y por eso ellas asimilan su acción a - la esfera de la divinidad; pero, además, Alejandro ha obrado excepcionalmente en cuanto el talante humanitario no suele caracterizar a los vencedores y tampoco, como tendremos ocasión de examinar, al propio Alejandro.

Por otra parte, y aunque en este contexto nuestro autor no lo señale de modo explícito, la filantropía -

es una virtud previsora puesto que protege al hombre o a los pueblos de los cambios caprichosos de la fortuna, al asegurarle el eterno agradecimiento de aquéllos que han sido favorecidos (154), como argumentaba Nicolao - en su discurso.

La moderación, además, es para nuestro autor la - cualidad que convierte a un hábil estratega en un gran hombre de Estado. puesto que las acciones gloriosas es tán sometidas a la Fortuna y al valor militar, en -- tanto que la clemencia sólo puede vivir en el sabio -- (155).

A modo de conclusión, Diodoro cierra este excursus moralizante reiterando que las buenas acciones de Alejandro merecen el elogio eterno de la historia (156).

Mientras la filantropía y la grandeza de espíritu eran presentadas como cualidades distintivas de Alejandro, Dionisio I de Siracusa aparece calificado en la - Biblioteca de manera antagónica.

El retrato negativo del tirano, según la teoría -- tradicional, probería que Diodoro esté limitándose a - resumir a Timeo (157). En un artículo reciente, Sanders señala que la caracterización de Dionisio en Diodoro - como el tirano que se sirve de sus éxitos militares só lo para afirmar su poder personal, no puede interpre-- tarse como una transcripción automática de los juicios

de Timeo puesto que pudo recibir esa información hostil a través de otros historiadores, Filisto en concreto, pero que, además, no se puede descartar su propia reflexión sobre la imagen histórica del tirano (158).

Creemos que a partir de dos batallas de nuestra selección, se podría poner en evidencia la valoración negativa de nuestro autor sobre el personaje, pero también una cierta independencia de criterios, ya que Diodoro en uno de estos pasajes alaba su conducta, precisamente a propósito de su actitud hacia los derrotados.

La batalla de Cronio (XV, 16, 3-17) puede ser considerada más como un pretexto para ilustrar temas moralizantes que como una descripción del hecho militar. En efecto los datos estratégicos son imprecisos. Más aún, en los preliminares se insiste en la inteligencia militar del general cartaginés, sin que se haga mención alguna a la excelencia de Dionisio. El tono ejemplarizante del relato se percibe en las palabras con que nuestro autor introduce la batalla:

XV, 16, 3: " La divinidad rectificó la derrota cartaginesa, convirtiéndola en victoria. En efecto, los anteriormente victoriosos y enorgullecidos por el éxito precedente, inesperadamente fracasaron; en cambio, los que habían perdido -

la desesperanza por causa de la derrota, consigue con un éxito inesperado e importante".

Evidentemente la expresión "τὸ θαυμάσιον" remite - en este contexto al mucho más común en Diodoro de "τὴν ἄνοιαν" (159), puesto que troca a los vencedores en derrotados; no obstante, su poder de rectificación no es caprichoso. Dionisio aparece, ciñéndonos a este episodio, como una figura moralmente condenable. Desea la guerra bajo cualquier pretexto, hace caso omiso de las previas ofertas de paz cartaginesas y tras vencer en un combate anterior, impone duras condiciones (160).

Esta caracterización antitética en la que los cartagineses excepcionalmente ocupan el polo positivo, se extiende al contraste establecido en la batalla entre el comportamiento de los generales de uno y otro bando. En efecto, se nos dice que la muerte de Leptines, al fin y al cabo subordinado a Dionisio, provoca la desbandada siciliana, a pesar de que en ese momento los griegos llevaban la ventaja (161). En cambio el general cartaginés aparece como valiente y astuto.

Pero nos interesa resaltar que, frente a la anterior inflexibilidad del tirano, los bárbaros se muestran más humanitarios ya que, después de perseguir cruelmente a los griegos, ofrecen unas condiciones de paz mucho más moderadas que las exigidas por Dionisio cuando era el vencedor (162).

Sin embargo, años antes, durante una expedición a Italia, Dionisio mostró una moderación excepcional y - nuestro autor, de forma coherente con los principios - expuestos en diferentes pasajes de la Biblioteca, no - deja pasar la ocasión de elogiar al tirano.

Tras ser derrotados en Caulonia, un grupo de ita- liotas se refugia en una colina que es asediada por -- Dionisio. Agobiados por la sed, envían heraldos ofre-- ciendo rescates, pero el siracusano no sabe llevar mo- deradamente su éxito y propone una rendición incondi-- cional (163). Los sitiados se entregan y Dionisio los recuenta a golpe de bastón. Y, paradójicamente, cuando todos temían su fiereza, los libera sin compensación - económica y firma la paz (164). Finaliza el episodio - nuestro autor expresando un juicio semejante al emiti- do respecto a Alejandro, si bien destaca que tal acti- tud no era la habitual en el tirano:

XIV, 105, 4: " Por ello alcanzó el elogio y fue honrado con coronas de oro por aquéllos que ha- bían sido beneficiados y parece que quizás esto fue lo más hermoso que hizo en su vida".

Tal fluctuación entre la crueldad y la misericor- dia hacia el vencido se produce en el caso de Filipo - de Macedonia en un solo episodio que funciona como epí- logo de la decisiva victoria de Queronea (XVI, 87).

En un estado de total embriaguez (165), el rey avanza con sus amigos entre las filas de prisioneros e incluso los ultraja de palabra. El orador ateniense Demades, que había sido capturado en la batalla, impreca a Filipo con las siguientes palabras:

XVI, 87, 2: " Oh, rey, habiéndote la Fortuna -- otorgado el papel de Agamenón, ¿no estás realizando el papel de Tersites?".

El macedonio, dándose cuenta de su vergonzoso proceder, abandona su actitud desmesurada y libera al orador quien le convence de que ponga en libertad a los demás prisioneros sin rescate. Finalmente, Filipo envía embajadores a Atenas y firma la paz (166).

Aunque Diodoro no interviene explícitamente en la anécdota, es evidente que su inclusión responde a su intención moralizadora y que a través de Demades, advierte de los peligros de la arrogancia y que quiere resaltar el positivo arrepentimiento de Filipo.

La necesidad de mantener una actitud reflexiva y prudente en la victoria es el tema de la alocución que dirige el espartano Endio al pueblo ateniense, tras ser derrotados los lacedemonios en Cízico. Nuestro autor justifica la inclusión del discurso, el único conservado en secciones no sicilianas de la Biblioteca, por ra-

zones de tipo formal:

XIII, 52, 2: " Este se expresó de una manera con-
cisa, al modo laconio y por ello me pareció que
no debían omitirse sus palabras" (167).

Sin embargo, pensamos que, en coherencia con sus -
propios postulados, lo determinante debió de ser la temáti-
ca del mismo. En efecto, Diodoro sitúa el discurso de -
Endio en una Atenas llena de esperanzas al recibir la -
noticia de su inesperada felicidad (ἀνελεπίστου, εὐτυ--
χίας) que, no obstante, de inmediato planea devastar el
territorio de Esparta. Por el contrario el enemigo en--
vía una embajada para negociar la paz. El discurso de -
Endio no es el de un suplicante sino el de portavoz de
una gran potencia. Por eso en su argumentación en favor
de la paz acudiré a dos tipos de razones: de orden polí-
tico-militar y de orden moral.

Comienza afirmando que la guerra, si bien perjudi-
ca a ambos bandos, es mucho más funesta para Atenas y ad-
vierte a su auditorio que atiendan a sus razones más --
que a su habilidad oratoria (168). Pasa a desglosar las
ventajas objetivas con que cuenta Esparta para llevar a
cabo felizmente futuros combates: viveres abundantes de-
bido a su fértil territorio frente al reducido terreno
del Ática; mayor número de aliados, pero sobre todo la

ayuda financiera del Rey que le permite pagar buenas - soldadas, en tanto que el ejército ateniense ha de ser sostenido por los propios soldados (169).

Aborda seguidamente la cuestión de la hegemonía, - restringiendo el alcance del dominio ateniense del mar: en caso de fracaso naval la situación de Atenas sería - desesperada, en tanto que la hegemonía espartana en cam- po raso y la excelencia de sus hoplitas es incuestiona- ble. (170).

En cuanto a razones de índole moral, considera co- mo Nicolao en el discurso ya comentado, que es estúpido complacerse en causar desgracias, que es menor la ale- gría de destruir al enemigo que el dolor resultante de la propia desgracia. Termina proclamando que los lacede- monios quieren dejar claro ante dioses y hombres que no se sienten responsables de las repercusiones de la gue- rra y que ello obedece a su ancestral forma de ser (171).

Diodoro toma como pretexto el efecto producido en el auditorio por el parlamento de Endio, para reflexio- nar sobre la posterior pérdida de la hegemonía de Ate- nas. Nos dice que los más moderados (ἐπιεικέστατοι) es- taban a favor de la paz pero que la intervención del de- magogo Cleofonte (172) hizo que el pueblo se inclinase por la guerra, envanecido por el éxito del momento. Tal actitud irreflexiva es condenada por el historiador, que

comenta:

XIII, 53, 2: " Como si la Fortuna no acostumbra-
se a otorgar la victoria en la guerra alternati-
vamente".

En cambio, el siciliano elogia la actitud precavi-
da del espartano Agesilao en la anécdota moral que con-
cluye la batalla de Tespias (XV, 33, 1-4). Tebanos y es-
partanos se preparan para la batalla. Los primeros ocu-
pan una colina desde la que ventajosamente rechazan los
ataques de Agesilao. Este forma su ejército en campo --
abierto pero los tebanos no abandonan su posición, sino
que permanecen impasibles despreciando al enemigo. Ines-
peradamente, Agesilao da la orden de retirada (173).

Ante la extrañeza de los suyos que no comprenden -
las razones de tal actitud, el estratega responde que:

XV, 33, 1: " Ahora los lacedemonios habían obte-
nido la victoria sin peligro (...) pero que si -
hubiesen obligado al enemigo a enfrentarse en ba-
talla, quizá, debido al carácter paradójico de -
la Fortuna, habrían sido derrotados los lacedemo-
nios".

Como prueba de la justeza de tal reflexión, Diodo-

ro alude a las derrotas futuras de Leuctra y Mantinea y termina sentenciando:

XV, 33, 3: " Pues la Fortuna es hábil en hacer caer inesperadamente a los soberbios y en enseñarles a no abrigar excesivas esperanzas".

Hemos aducido este último pasaje porque, aunque la anécdota no se refiere al tratamiento de los vencidos, corrobora perfectamente algunos aspectos de nuestra argumentación y nos permite extraer algunas conclusiones respecto a los episodios morales hasta ahora comentados. La clemencia es la cualidad suprema de cualquier dirigente militar, es un valor por sí misma, como demuestra el caso de Alejandro. Pero ante todo es una especie de seguro del hombre ante los drásticos cambios de suerte que acompañan la vida de individuos y pueblos. En este sentido, la conducta moderada aparece como un bien útil para la consolidación de situaciones ventajosas, políticas y militares (174).

Los límites de la clemencia.

Los epílogos de batallas estudiadas apoyarían la idea de que Diodoro parece identificarse con los argumentos expuestos por Nicólaos en su discurso ante el pueblo de Siracusa. Sin embargo, existen otra serie de anécdotas que preconizan una actitud coherente con la -

expuesto por Gilipo, sin por ello merecer la condena explícita de nuestro autor.

Digamos que incluso Alejandro, para Diodoro modelo de benevolencia, se mostró en muchas ocasiones excesivamente cruel. Así, a pesar de que en un texto fragmentario (175) se nos diga que el soberano ganó el afecto de sus súbditos asiáticos tanto por la moderación mostrada hacia las regias prisioneras cuanto por su valor, lo cierto es que en la Biblioteca coexisten dos imágenes antagónicas del soberano, la de un Alejandro magnánimo y bondadoso, émulo de dioses y héroes, y la del hombre colérico y que para conseguir sus metas se vale de cualquier tipo de recursos (176). Con todo, en el episodio de Iso, Diodoro ignora los rasgos negativos de su personalidad, mientras en las versiones de Curcio y Plutarco se yuxtaponen en el mismo pasaje anécdotas sobre su desmesura (177). Se percibe, pues, un intento consciente por omitir cualquier referencia que empañe el retrato moral del encomio de Iso.

Digamos que, a niveles más generales, cuando Diodoro se ve obligado a reseñar actos moralmente condenables de Alejandro, en cierta manera los justifica desde el punto de vista político o religioso. Así, puesto que la expedición contra Darío se plantea, en primera instancia, como una guerra sagrada (178), la grandeza moral del objetivo excusa el que Alejandro no dude en utilizar la fuerza contra todos aquéllos, incluidos los --

griegos, que estorban sus planes. Desde esta perspectiva se suelen encontrar en el libro XVII circunstancias atenuantes a los ocasionales excesos del macedonio. Por ejemplo, la destrucción de Tebas es el resultado de la imprudencia de los tebanos que no atienden a las señales de los dioses (179) y el incendio de Persépolis, un acto de justicia que venga las ofensas de Jerjes a la Acrópolis de Atenas en tiempos pasados (180). Y la ejecución de Filotas y Parmenión, según Diodoro una acción totalmente extraordinaria dada su bondad natural, se disculpa implícitamente en aras del mantenimiento de la disciplina en el ejército macedonio (181).

No obstante nos interesa destacar que el tratamiento exculpatorio de la desmesura de Alejandro no se explica únicamente por el tono apologético del libro XVII, puesto que en la Biblioteca, restringiéndonos a los relatos de batallas, existen otros textos en los que se establecen, en términos parecidos, las limitaciones del ideal de la piedad.

El más significativo de ellos se inserta en el relato de la batalla de Gabiana. Después de combatir toda la jornada, las tropas de Eumenes se encuentran en una situación difícil. Los sátrapas proponen una retirada, en tanto que Eumenes quiere seguir combatiendo pues considera que el combate aún no se ha decidido. Los macedo

nios, por el contrario, sólo se preocupan por su propia seguridad y la de sus familiares que están en poder del enemigo y, en consecuencia, negocian con Antígono y -- traicionan a Eumenes, que cae prisionero con la totalidad de su ejército (182).

Antígono, entonces, castiga sin piedad a los coman dantes de Eumenes que le habían mostrado una actitud -- hostil, llegando incluso a quemar vivo a Antígenes, el jefe de los Argiráspidas, los veteranos macedonios, -- quien, antes de entablarse la batalla, se había dirigido a sus tropas exhortándoles a la defección (183).

En cuanto al tratamiento de Eumenes, Antígono se -- debate entre su deseo personal de perdón y las presio-- nes de los macedonios que exigen un castigo ejemplar. -- Predomina este último factor y Antígono ejecuta el gene ral vencido. Ahora bien, todo su razonamiento obedece a un planteamiento de tipo político, de consolidación de su propio poder. Su deseo previo de clemencia está basa-- do en la conveniencia de contar con el excelente estra-- tego que era Eumenes. Sin embargo, duda que la benevo-- lencia asegure la lealtad de quien, a pesar de deberle la vida a Antígono, no por ello abandonó el partido de Olimpiade, la madre de Alejandro (184). Así pues, valo-- rando ante todo la necesidad de asegurarse la hegemonía eliminando a un rival peligroso, cede a las exigencias de su ejército y sólo se permite el acto piadoso de en-- viar las cenizas de Eumenes a la familia. Por el contra

rio, muestra su talante filantrópico hacia Jerónimo de Cardia, el historiador, que habiendo caído prisionero en la batalla, se convierte en adelante en uno de sus hombres de confianza (185).

El propio Eumenes, por otra parte, es un ejemplo de que no siempre la moderación consigue la eterna gratitud de los vencidos. En el relato de la batalla de Cilicia (XVIII, 32, 2-4), se nos dice que tras la batalla aquél se dirigió hacia los derrotados y les concedió la libertad. Los macedonios, entonces, juran lealtad a Eumenes pero a continuación le traicionan y, aprovechando la noche, se reúnen con Antípatro.

Las mismas consideraciones de orden hegemónico -- guían a Pausanias en la batalla de Platea al ordenar no tomar prisioneros y, de resultas, sucumben en la batalla más de cien mil persas (186). Con ello el estratega pretende impedir que los bárbaros puedan recuperarse para agresiones futuras y, por otra parte, actúa de manera coherente con las normas griegas a que ya aludimos y que excluían a los pueblos extranjeros de las manifestaciones de la piedad. Sin embargo, más adelante (187), Diodoro señala que Pausanias atacó Tebas y reclamó a los dirigentes que habían sellado la alianza con Jerjes. Todos ellos fueron ajusticiados, hecho que confirma la afirmación de Gilipo en su discurso de réplica

a Nicolao de que no deben esperar perdón los que han cometido actos en contra de la justicia.

También en la batalla de Himera, Gelón ordena perseguir sin piedad al enemigo. Como consecuencia, da -- muerte a gran número de cartagineses y apresa al resto (188), que es empleado en obras hidráulicas. Su enérgica actuación le reporta la alabanza de todos los sici- lianos, sin que ello sea óbice para que, inmedistamente después, muestre una actitud filantrópica hacia los --- griegos aliados de Cartago y hacia los bárberos mismos (189). El pasaje es importantísimo puesto que tanto la falta de piedad como la filantropía aparecen como -- comportamientos subordinados a la consecución y afian- zamiento del poder. En efecto, a Gelón, pues combate - contra pueblos no griegos, no le es exigible la piedad, más aún, el trabajo de los prisioneros de guerra favore- ce la construcción de grandes templos dedicados a los dioses. Desde su posición de fuerza, sin embargo, puede mostrarse filantrópico sin peligro. Las palabras del - historiador son bastante explícitas.

XII, 26, 4: " Gelón se comportó con todos mode- radamente ante todo por su particular modo de - ser, pero no menos porque deseaba asegurarse la fidelidad de todos".

En resumen, según los textos que acabamos de examinar, nos parece que es indiscutible que Diodoro consideraba la moderación hacia el vencido como la máxima virtud de cualquier dirigente político. La clemencia, en últimas instancias, obedece al sentimiento de hermandad de todos los hombres, idea de honda raigambre estoica (190), pero también a razones de índole práctica: defiende de los imprevistos cambios de la Fortuna y suele reportar la gratitud de los derrotados, convertidos en súbditos. Por lo tanto, como ya ha observado J. Lens, ha de ponerse en directa relación con la problemática de la hegemonía (191). Sin embargo, aunque es una actitud deseable, su ejercicio no es siempre posible, ya porque, debido a la anterior actitud del vencido o por su condición de bárbaro, comportaría un acto de injusticia, ya porque la excesiva moderación podría provocar la pérdida de una situación ventajosa, del poder que, como también señala Lens, siempre se consigue en primera instancia mediante el valor y la inteligencia estratégicas, es decir, con el empleo de la fuerza (192).

EPÍLOGOS DE TEMA VARIADO

La divinidad como garante de la justicia.

Como ya hemos señalado en diversas ocasiones, en Diodoro existe la creencia en un orden superior, la Di

En resumen, según los textos que acabamos de examinar, nos parece que es indiscutible que Diodoro consideraba la moderación hacia el vencido como la máxima virtud de cualquier dirigente político. La clemencia, en última instancia, obedece al sentimiento de hermandad de todos los hombres, idea de honda raigambre estoica (190), pero también a razones de índole práctica: defiende de los imprevistos cambios de la Fortuna y suele reportar la gratitud de los derrotados, convertidos en súbditos. Por lo tanto, como ya ha observado J. Lens, ha de ponerse en directa relación con la problemática de la hegemonía (191). Sin embargo, aunque es una actitud deseable, su ejercicio no es siempre posible, ya porque, debido a la anterior actitud del vencido o por su condición de bárbaro, comportaría un acto de injusticia, ya porque la excesiva moderación podría provocar la pérdida de una situación ventajosa, del poder que, como también señala Lens, siempre se consigue en primera instancia mediante el valor y la inteligencia estratégicas, es decir, con el empleo de la fuerza (192).

EPÍLOGOS DE TEMA VARIADO

La divinidad como garante de la justicia.

Como ya hemos señalado en diversas ocasiones, en Diodoro existe la creencia en un orden superior, la Di

vina Providencia, que garantiza el orden moral y que interviene en el resultado final de los acontecimientos, idea que encontramos ilustrada en dos de los epílogos de nuestras batallas.

Una vez finalizada la batalla de Cartago, las tropas de Agatocles saquean el campamento enemigo y encuentran, entre otras cosas, varios carros cargados de grilletes destinados a los griegos quienes, en caso de ser derrotados, se hubiesen convertido en esclavos. -- Diodoro comenta:

XX, 13, 3: " Pero yo creo que la divinidad a quienes conciben planes arrogantes, a propósito les cambia el resultado de sus esperanzas en lo contrario".

Y a renglón siguiente alude al carácter caprichoso de la Fortuna que hace alternativamente al vencedor, vencido, y lo ilustra con la historia del mismo Agatocles que fue derrotado y asediado en Sicilia por los cartagineses, y que, ahora, en territorio enemigo y -- con menos tropas, resulta vencedor. Observaremos que a pesar de que ambas fuerzas sobrenaturales actúan de manera semejante, es decir, alteran substancialmente el resultado de los acontecimientos esperados por los hombres, sin embargo la divinidad aparece como un poder

moralmente marcado, puesto que, intencionadamente (ὡς περ ἐπίτηδες), castiga a los soberbios en tanto que la "τύχη" es caprichosa y, al menos en este contexto, - ajena a la moral (193).

La acción punitiva de la divinidad hacia las injusticias humanas se percibe más claramente en el epílogo de la batalla naval de las Arginusas que describe el proceso en Atenas de los generales vencedores. El episodio aparece también en Jenofonte y pensamos que el contraste entre ambas versiones pone claramente en evidencia el tono moralizante característico de nuestro autor.

Una vez finalizado el combate, cuenta Diodoro, -- los atenienses discuten sobre si recoger a los muertos por temor a las normas atenienses respecto al enterramiento de los caídos en combate, o, por el contrario, aprovechar la victoria para romper el asedio de Mitilene. En esos momentos se levanta un fuerte oleaje y los soldados se niegan a recoger los cadáveres (194). Según Jenofonte (195), los generales deciden dividir sus fuerzas para que, mientras una parte socorre a los navíos averiados y a sus tripulaciones, el resto se dirija a Mitilene. Como en la versión de Diodoro, una tempestad obstaculiza sus planes.

Así pues, como bien ha observado Hatzfeld (196), en Jenofonte se habla de hombres aún vivos y el poste-

rior proceso será más por una cuestión de efectivos -- que por los motivos religiosos que destaca Diodoro.

El historiador siciliano señala la ambivalente ac titud de los atenienses hacia los generales, a quienes elogian por la victoria pero censuran el haber dejado sin sepultura a quienes dieron su vida por la patria. Los estrategos envían una carta argumentando que die-- ron la orden a Trasíbulo y Terámenes de recoger los ca dáveres, pero los partidarios de Terámenes replican y los generales son llevados a juicio. El pueblo oye a los acusadores y, en cambio, abuchea a la defensa que es insultada, además, por los parientes de los muertos que asisten al juicio vestidos de luto. En consecuen-- cia, los generales son condenados a muerte (197).

Jenofonte es mucho más explícito respecto al procedimiento procesal seguido, y sobre las instituciones que intervienen, el Consejo y dos asambleas en días di ferentes, mientras Diodoro menciona una única sesión. También señala el ateniense las condiciones difíciles de la defensa y las amenazas hacia cualquiera que se opusiese a las propuestas de la acusación. En cuanto a los enlutados, Jenofonte dice que fue una maniobra de Terámenes aprovechando la fiesta de las Apaturias y re coge la intervención de un supuesto testigo, cuyo testimonio considera fraudulento (198).

Por otra parte, el discurso de la defensa que ocu

pa la parte más extensa del relato de Jenofonte (199), es substituído significativamente en Diodoro por la -- descripción patética de la conducción a la muerte de -- uno de los generales, Diomedonte, episodio desconocido por nuestra otra fuente.

Diomedonte, a quien Diodoro califica como enérgico y justo, se dirige por última vez a sus conciudadanos, diciéndoles que la sentencia es útil para la ciudad pe ro que es necesario devolver los votos a los dioses -- gracias a los cuales ganaron la batalla. Ante esta con ducta patriótica, los mejores ciudadanos lloran y se - lamentan. Y el historiador se identifica con ellos di- ciendo:

XIII, 102, 3: " El hecho de que el que iba a mo rir injustamente, no mencionase su propia desgra cia, sino que rogase que se devolviesen los vo- tos a los dioses en favor de una ciudad injusta pareció el proceder de un hombre piadoso, magná nimo e indigno de su suerte".

Resalta, a continuación, lo paradójico de conde-- nar a muerte a quienes habían vencido en la más glorio sa batalla, en lugar de recompensarlos con elogios y - coronas (200).

Si bien Jenofonte explicita el pronto arrepenti--

miento de los atenienses (201), Diodoro de nuevo moraliza:

XIII, 103, 1: " Sin embargo, inmediatamente se arrepintieron tanto los persuasores como los -- persuadidos, como si la divinidad estuviese indignada".

Según el siciliano, el castigo de los dioses por esta acción injusta, será el advenimiento de los Treinta Tiranos. En cuanto a los demagogos que enloquecieron al pueblo, nos dice que Calixeno escapó al castigo y que esta mancha moral afectó a todos los griegos (202).

Podemos decir, como conclusión, que la divinidad actúa en todo el relato de las Arginusas. Primero advirtiendo a los generales sobre su futuro, de ahí el - sueño profético de Trasíbulo sobre las Fenicias y las Suplicantes ya comentado, y posteriormente castigando a quienes se muestran injustos con aquéllos que se vieron obligados a abandonar a los muertos a causa de un fenómeno no controlable por la voluntad humana.

Sobre el patriotismo y la lealtad.

Nos quedan por comentar una serie de pasajes de - contenido más anecdótico pero que inciden en esa incli nación de nuestro autor por ofrecer modelos de conduc-

ta.

En dos de ellas se incide en el patriotismo y el sentimiento del honor de los espartanos. Cuenta Diodoro que cuando llegaron a Esparta mensajeros para anunciar la victoria de Brasidas en Anfípolis pero también su muerte, la madre del estratega se limitó a preguntar sobre el comportamiento de su hijo en el combate y al respondersele que había sido el más bravo, replicó que su hijo era valiente pero menos que los demás. El hecho de anteponer el honor colectivo al de su propio hijo, le reportó el elogio de la ciudad que la honró públicamente (203).

Al terminar la batalla de Cunaxa, Artajerjes envía un emisario a los griegos exigiéndoles una rendición incondicional. Los griegos le responden parafraseando las palabras de Leónidas a Jerjes en una situación similar. No entregarán las armas pues si el Rey quiere amigos, con armas serán los mejores aliados, que si quiere combatir contra ellos, con sus armas pelearán mejor (204). Aunque Jenofonte no menciona este paralelismo con Leónidas, los pasajes se corresponden casi palabra por palabra (205). El problema es bastante complejo ya que, a propósito de los efectivos de ambos bandos, Diodoro declara que reproduce las cifras de Eforo (206). Así pues, o Diodoro conocía el relato de Jenofonte o quizá se trata de un episodio célebre del que existían varias versiones, una de ellas manejada en

el círculo isocrático (207).

Mayor interés presentan los epílogos que estudiaremos a continuación, tanto porque pertenecen a la sección de la Biblioteca que se atribuye a Jerónimo de Cardia y es considerada la menos moralizante, cuanto porque, a nuestro parecer, ponen en evidencia la compleja redacción de la obra, es decir, el empleo de más de una fuente, no siempre histórica, en determinados pasajes.

Derrotado en Cabelia, Alcetas escapa de las manos de Antígono con los pisidios, pueblo bárbaro que combatía a sus órdenes, hacia la ciudad de Termeso (208). Estos soldados le demostraron una fidelidad extraordinaria pues Alcetas, juzgando ventajoso aliarse con un pueblo guerrero y cuyo territorio era difícil de invadir, les había concedido un tratamiento especialmente humanitario y cortés (209). Así, cuando Antígono asedia Termeso y reclama a Alcetas, los jóvenes pisidios prefieren combatir por éste aún a costa de la ruina de su patria. Sin embargo los ancianos negocian con Antígono y planean asesinar a Alcetas mientras los jóvenes batallan fuera de la ciudad. Previendo su destino, Alcetas pone fin a su vida y su cuerpo es entregado al enemigo que lo deja insepulto. Los jóvenes recuperan el cadáver y le rinden honores fúnebres. Diodoro finaliza -

el excursus con este comentario moralizante:

XVIII, 47, 3: " Así la naturaleza de las buenas obras, pues posee en sí misma el poder de amar a los benefactores, conserva la fidelidad hacia ellos de modo inmovible" (210).

En el libro XVII Diodoro incluye un sólo hecho de la campaña de Alejandro en Pisidia, episodio que tiene evidentes paralelismos con el anteriormente comentado, como ya observó Welles (211), si bien la anécdota incide más en el heroísmo de estos bárbaros que sobre la temática de la lealtad. Asediados por Alejandro, los jóvenes marmarios se oponen a los ancianos que aconsejan entregar la ciudad (212) y, como en el epílogo de Cabilia, deciden incendiar el lugar, pero posteriormente abandonan el proyecto y se refugian en las montañas vecinas. (213).

Sin embargo, el aspecto más interesante de ambos textos, insertos en libros inspirados en fuentes diferentes, es la adjudicación a pueblos bárbaros de cualidades morales positivas.

Con función semejante, Diodoro finaliza el relato de la batalla de Paratacene incluyendo un episodio sobre la costumbre india de que las viudas comparten la pira funeraria con el cadáver de su marido, hecho tam-

bién reseñado por Diodoro en XVII, 91, 3. Hornblower - (214) considera que en el episodio de Paratacene (XIX, 32, 3-34) nuestro autor habría recurrido a su fuente - del libro XVII, Clitarco, quien por su parte, habría - tomado los datos sobre la cremación de las viudas in-- dias de la obra de Onesícrito (215). En un trabajo re-- ciente Lens se ha ocupado detenidamente del tema y, -- tras confrontar los dos textos de la Biblioteca mencio-- nados y la información de Estrabón (216), concluye que el episodio remonta a Onesícrito lo que demostraría -- bien la lectura de éste por parte de Diodoro o, más -- probablemente, el manejo como fuente auxiliar de un re-- pertorio de distribas cínico-estoicas, en el cual, a -- partir de ejemplos históricos, se ilustraría la imagen utópica del "buen salvaje" (217).

. . .

A modo de resumen podríamos decir que la propia - inclusión de este tipo de digresiones demuestra la vi-- gencia en todas las secciones de la Biblioteca del pro-- yecto pedagógico-moralizante característico de nuestro autor, quien siempre que la ocasión le es propicia, in-- tenta ofrecer al lector ejemplos de conductas loables o, en otros casos, advertirle de los peligros que con-- llevan la injusticia y la soberbia. Lógicamente, tal - empresa estaba condicionada por la propia disponibili-

dad de las fuentes. Ahora bien, creemos haber demostrado que no hay que pensar únicamente en historiadores anteriores sino que Diodoro pudo completar sus datos acudiendo a recopilaciones de carácter retórico y filosófico y que todos estos materiales diversos han sido unificados con unos criterios asumidos por nuestro autor. Sus planteamientos, sin duda, no son originales, pero éste rasgo, más que como prueba de mediocridad, debe interpretarse como reflejo de una cierta orientación ideológica sobre los objetivos de la historia que existía en su época y de los condicionamientos de una tradición retórica y literaria.

NOTAS

- (1) Cf. I. 1-2.
- (2) Para la visión panorámica del tema, véase Lens, J., "Sobre la naturaleza de la Biblioteca Histórica de Diodoro de Sicilia", Estudios de Filología Griega 2, (1986), p. 12 ss.
- (3) En su introducción al volumen primero de la edición bilingüe de Diodoro de Sicilia, publicada en la colección Loeb: cf. p. XX, donde pone este rasgo del Proemio en directa relación con el concepto estoico de utilitas.
- (4) "Diodorus and his sources", AJPH 83 (1962), 383 ss.
- (5) Schwartz, en RE, VI (1903) s. V. "Diodoros", -- cols. 681 y RE, VI, 1 (1907) s. v. "Ephoros", -- col. 9; Laqueur, "Ephoros", Hermes 46, (1911), -- p. 199. Para ambos la moralización de los libros XI-XVI obedece a la utilización de Éforo, opinión compartida por Barber, The historian Ephorus, -- Cambridge, 1935, p. 102, ss.
- (6) Así, Chamoux, Goukowsky, Viel, Cassola.
- (7) Cf. Aristóteles, Retórica, 3, 13, 3.

- (8) Aristóteles, Retórica, 2, 21, 6.
- (9) Cf. XX, 1, 3. Más adelante (XX. 1. 5) Diodoro - compara la obra histórica con un organismo vivo cuyos miembros deben funcionar armoniosamente a fin de preservar su unidad. Los argumentos en - contra de los excesos oratorios se corresponden, punto por punto, con las propuestas programáti- cas del Proemio general: cf. I, 2, 3.
- (10) XX, 2, 1.
- (11) XX, 2, 2.
- (12) Tal es la opinión de Sanders, quien afirma: "The fact that Diodorus rarely included speeches in the course of his history, would appear to con- firm the sincerity of his intentions and indicate that he was not simply repeating stock formulae, current since Thucydides": cf. "Diodorus Sicu- lus and Dionysius I of Syracuse", Historia 30 - (1981) p. 407. Tres de los discursos de la Bi- blioteca corresponden a asuntos sicilianos: los de Nicolao (XIII, 20-27) y Gilipo (XIII, 28-32) y el de Teodoro (XIV, 65-69); sin embargo, no - está claro que remonten a Timeo. Sanders, art. cit., pp. 406, ss., argumenta que Diodoro pudo

utilizar varias fuentes en las diferentes secciones de su obra y, para el discurso de Teodoro, -- propugna el manejo de la obra de Filisto. Los -- otros dos ejemplos mencionados aparecen encuadrados en la expedición ateniense contra Sicilia -- del 413, asunto cuya fuente parece ser Éforo: cf. Schwartz, art. "Diodoros", col. 684. Al cuarto -- discurso, el de Endio (XIII, 52, 2-8), nos referiremos más adelante ya que funciona como epílogo de la batalla naval de Cízico.

- (13) Drews, art. cit., p. 384.
- (14) Fórmula similar en otros contextos: cf. Camacho, J. Ma, "En torno a Diodoro de Sicilia y su concepción moralizante de la historia", Estudios de Filología Griega 2, (1986), p. 54.
- (15) La cita educida de la batalla de Cilicia no pertenece a un epílogo moralizante, pero prueba la utilización de expresiones similares en todas -- las secciones de la Biblioteca. Más ejemplos en Palm, Über Sprache und Stil des Diodoros von Sicilien, Lund, 1955, p. 108.
- (16) El subrayado es nuestro. Con todo, inmediatamente después (XI, 24, 1). Diodoro constata la si--

multaneidad cronológica entre Himera y la batalla de las Termópilas, elemento que en nuestro análisis se considerará integrado en el epílogo.

- (17) En RE, VI A₁ (1936), s. V. "Timsios", col. 1085.
- (18) Brown pretende ante todo demostrar los errores del método de Laqueur, pero piensa que, respecto al paralelismo Himera-Plates, Diodoro confundió la información de su fuente: cf. Brown, T. S., "Timæus, and Diodorus Eleventh book", AJPh 73 (1952), pp. 348-9.
- (19) Pearson, L. "Ephorus and Timæus in Diodorus. Laqueur's Thesis Rejected", Historia, 33 (1984), p. 18-19.
- (20) Nikolaou, N. "La bataille de Salamine d'après - Diodore de Sicile", REG 95 (1982), p. 154. Para él, el epílogo de la batalla de Himera cumple - la misma función respecto a Salamina.
- (21) Gauthier, Ph., "Le parallèle Himère-Salamine", - REA 71 (1969), pp. 5-32.
- (22) Gauthier, art. cit., p. 23. n. 1; pp. 30-31.

- (23) Gauthier, art. cit., p. 6.
- (24) En Heródoto se suceden dos versiones opuestas - de la embajada a Siracusa del 481 a. C. Según - la primera de ellas (VII, 157-165), Gelón no en vía refuerzos al no llegarse a un acuerdo sobre quién ejercería el mando, versión que recogería el historiador en Esparta, y otra, de origen si ciliano, según la cual Gelón se preparaba ante una inminente invasión cartaginesa. Esta última coincide con la que leemos en la Biblioteca His tórica: cf. XI, 26, 4-5. Sobre la tradición antisiracusana en el s. V y su presencia en Heródoto, véase Gauthier, art. cit., pp. 14-25.
- (25) Las batallas de Salamina e Himera tuvieron lugar en el 480 a. C., con pocos meses de diferencia; Platea se celebró en el 497 y Cumas hacia el 474: cf. Gauthier, art. cit., p. 6, n. 1 (so bre la cronología de Cumas); p. 17, n. 3 (sobre Salamina e Himera).
- (26) Gauthier, art. cit., p. 8, ss.
- (27) La diferente significación de los testimonios - de Heródoto y Píndaro, está claramente expresada en las siguientes palabras de Gauthier: " En

définitive, il nous faut retenir que, dans la --
Ière Pythique, ce n'est pas Gélon (ni Himère) --
 qui est glorifié, mais Hiéron (et Cumes). L'évo-
 cation des victoires de Platées et d'Himère ne --
 vient qu'après la comparaison entre Cumes et Sa-
 lamine. Le nom de Gélon n'est pas mentionné" --
 (art. cit., p. 11).

- (28) FGrH 186. La alianza de persas y cartagineses --
 previa al estallido de la guerra, aparece también
 en Diodoro: cf. XI-1,
- (29) Gauthier, art. cit., p. 25- ss.
- (30) Gauthier, art. cit., p. 23, n. 1.
- (31) Cf. XI, 11, 5 (Termópilas) con XI, 24, 3-4.
- (32) Cf. supra n. 23 y 24. En XI, 26, 4-6, Diodoro ha
 bla de los preparativos de Gelón para ir en auxi-
 lio de los griegos del continente, pero cuando --
 estaba a punto de zarpar, arriban unos enviados
 corintios con la noticia de la victoria de Sala-
 mina y de la retirada de Jerjes a territorio asiá-
 tico. Gelón, en consecuencia, suspende la expedi-
 ción.

(33) Cf. XI, 33, 1.

(34) Sin duda, Diodoro recoge aquí una leyenda siciliana. Más adelante (XI, 24, 2) menciona unos pocos supervivientes que comunican en Cartago la muerte del resto. Sin embargo, de su propia obra se deduce un importante número de prisioneros, repartidos entre los aliados de Gelón y empleados en obras públicas: cf. XI, 25.

(35) XI, 3, 6.

(36) Sobre la astucia como una de las manifestaciones de la "synesis strategikè" nos remitimos a lo dicho en el primer capítulo de nuestra Memoria. En cuanto a Temístocles, su caracterización en el relato de Salamina es positiva, aparece como prototipo del hábil estratego. Brown (art. cit., p. 344, . 45) había defendido el empleo de Helánico u otro autor anterior perceptible en el retrato de Temístocles. Nikolaou (art. cit., p. 153) señala que tanto el elogio del ateniense (XI, 58-59) como el de Gelón están redactados bajo una influencia que trasciende, incluso, el marco de la historiografía isocrática y constata que este tipo de panegírico se desarrolla extraordinariamente en el s. IV.

- (37) Véase al respecto el documentado trabajo de M. Nouhaud, L'utilisation de l'histoire pour les orateurs attiques, París, 1982, pp. 147-177.
- (38) Tal es la opinión de Oldfather en su edición -- del libro XI en la colección Loeb: cf. p. 187, n. 1.
- (39) Tucídides, I. 108. Reproducimos la traducción -- de F. R. Adrados: cf. Tucídides, Historia de la Guerra del Peloponeso (I), Madrid, 1967, p. 183.
- (40) En efecto, aparecen los habituales tópicos del tipo "la batalla fue dura" (XI, 80, 2), "cayeron no pocos en ambos bandos" (80, 3), "muchos y variados combates vinieron a suceder" (80, 4), etc.
- (41) Gomme, A. W., "A Historical Commentary on Thucydides, (I), 1945, p. 315-6.
- (42) Cf. XI, 80, 6.
- (43) Platón, Menéxeno, 242 a.
- (44) En Delión, en el contexto de una arenga, Tucídides pone de nuevo en relación a Mirónides única

mente con la batalla de Enófito: cf. IV. 95.

(45) Cf. XI, 81, 1-4.

(46) Cf. XI, 81, 5.

(47) Cf. Oldfather, en la edición Loeb del libro XI, p. 338, n. 2; Gomme, op. cit., (I), p. 318.

(48) Cf. por ejemplo, Meister, K., "Sizilische Dub-letter bei Diodor", Athenaeum 48 (1970), p. 84 ss.

(49) Platón (Menéxeno, 242 ab) reduce el lapso de tiempo entre Tanagra y Enófito a sólo tres días. Para Nouhand, op. cit., p. 336, n. 454. se trata de una exageración retórica a fin de resaltar la importancia de Mirónides.

(50) No opina así de Sanctis, quien afirma tajantemente: "No tenemos necesidad de probar una cosa admitida casi generalmente... el uso de Éforo en la historia de la pentacontetia". La victoria de Mirónides sobre los beocios en Enófito, añade, y su comparación con Maratón y Platea, es una página de Eforo: Véase "La battaglia dell'Eurimedonte in Diodoro", Rivista di Filolo

gia classica, 21 (1893), aparecida posteriormen-
te en el volumen antológico, Scritti minori, Ro-
ma 1966, edición ésta por la que citamos: cf. p.
105, n. 2.

- (51) Brown, art. cit., p. 344, n. 5.
- (52) Cf. Nouhaud, op. cit., pp. 33, 224, 228-9.
- (53) Lisias, Epitafio, 52-3.
- (54) Nouhaud, op. cit., p. 229.
- (55) XI, 81, 5. En las Assembleístas, Aristófanes ha-
ce de Mirónides símbolo del buen ciudadano que
participa en la política generosamente, cf. 304
305.
- (56) Caracterización de este personaje en XI, 62, 1.
- (57) Sobre la aparición de Milcíades, Temístocles y
Cimón en la oratoria, véase Nouhaud, op. cit.,
p. 169-177 , 166-169, 218-220 respectivamente.
- (58) Sin duda, la superioridad de los griegos frente
a los bárbaros es uno de los motivos tópicos de
la literatura griega.

- (59) En una elegía de Tirteo (8d, Diehl), se percibe el tránsito de la exaltación de la "areté" aristocrática al elogio colectivo de los caídos en combate. Véase al respecto, Lesky, A., Historia de la literatura griega, (Traducción española), Madrid, 1976, p. 145.
- (60) Así, Wilamowitz, Píndaros, Berlín, 1922, p. 458.
- (61) Sobre esta costumbre tradicional y sus orígenes, cf. Gomme, op. cit., (II), pp. 94 ss.
- (62) Tucídides, II. 35-46.
- (63) Según Diodoro, XVIII, 13, 5, el discurso de Hipérides fue pronunciado en el año 323.
- (64) Sobre los tópicos de los epitafios, cf. Loraux, N., "Marathon ou l'histoire idéologique", REA 25 (1973), pp. 13-42; Nouhaud, op. cit., pp. 60 ss. El epitafio de Pericles es excepcional puesto - que Temístocles elimina las obligadas alusiones a la epopeya y las Guerra Médicas, centrándose básicamente en el panegírico de la ciudad y sus instituciones. Al respecto, véase Gomme, op. cit. (II), pp. 103-7.

- (65) Op. cit. pp. 183-186.
- (66) El subrayado es nuestro. Sobre el empleo de ambos procedimientos retóricos, cf. Palm, op. cit., p. 141-143, para quien ésta es una de las figuras retóricas más corrientes en la Biblioteca.
- (67) Cf. XI, 11, 1-2.
- (68) Cf. XI, 11, 2-3.
- (69) Cf. XI, 11, 3.
- (70) Cf. XI, 11, 5.
- (71) La cita del Elogio a los caídos en las Termópilas de Simónides, corresponde al fragmento 4 -- (Bergk): cf. Oldfather, edición del libro I en la colección Loeb, p. 153, n. 1.
- (72) Véase asimismo, Palm, op. cit., pp. 104 y 141.
- (73) Tucídides, II, 43, 3.
- (74) Epitafio, 30-33.
- (75) Panaténico, 187. Sobre las diferentes, o inclu

so contradictorias versiones de Isócrates, cf. Nouhsud, op. cit., p. 185.

- (76) Drews, art. cit., p. 385 ss.
- (77) Cf. Nouhaud, op. cit., p. 166.
- (78) Cf. XV, 81, 1.
- (79) Diodore de Sicile: livre XV ; texte établi et traduit par C. Vial, Paris, "Les Belles Lettres" (col. Budé), 1977, p. x. Consultense además las notas complementarias al capítulo 81 (pp. 158-9).
- (80) "tò prōteion". Se trata de una distinción militar concedida como premio a una conducta especialmente distinguida en el combate: cf. Pritchett, W. K., The greek states at war, (II), -- Berkeley-Los Angeles-Londres, 1974, pp. 280, ss.
- (81) En XV, 34, 2, Diodoro se refiere a una batalla de Agesileo contra los tebanos en la cual éstos, dice el historiador, "considerando que entonces por primera vez, no se habían sentido inferiores a los lacedemonios, erigieron un trofeo y en lo sucesivo hicieron frente al ejército de los espartanos".

El siciliano, por tanto, parece haber confundido esta batalla y la de Tegira en el epílogo de Cinoscéfalos, tal vez por la relevancia similar de ambos hechos para nuestro autor y/o de su fuente. Según Jenofonte (Helénicas V, 4.5) la batalla de Tegira tuvo lugar en Potnia, cerca de Tebas, y careció de significación estratégica.

(82) Cf. XV, 64-65.

(83) Cf. XV, 66.1.

(84) En la colección Budé, p. x., polemizando, en concreto, con la opinión tradicional sobre Diodoro representada por Voldquardsen.

(85) Véase Westlake, H. D., "The sources of Plutarch's Pelopidas", CQ 33 (1939), pp. 11-22. Un resumen de la cuestión en Plutarque: Vies (IV), texte établi et traduit par R. Flacelière, Paris, "Les Belles Lettres (col. Budé), 1966, pp. 125-127.

(86) Pelopidas, 13, 6-7.

(87) Pelopidas, 16-17.

- (88) Cf. Pelópidas, 20-23.
- (89) Cf. Pelópidas, 24, 3-4.
- (90) Pelópidas, 30. Se trata del Congreso de Susa del año 367: cf. Jenofonte, Helénicas, VII, 1, 36 ss.
- (91) Compárese XV, 80. 1 con Plutarco, Pelópidas, 31, 2. Con todo Diodoro pone mayor énfasis en la motivación psicológica de Pelópidas.
- (92) Mayor precisión en Plutarco, Pelópidas, 32, 1-3.
- (93) Cf. XV, 80, 4 y Pelópidas, 32, 7.
- (94) Cf. XV, 80, 4 y Pelópidas, 32, 9-10.
- (95) Cf. XV, 80, 5 y Pelópidas, 32, 10-11.
- (96) Aunque en su relato de Cinoscéfalos Plutarco cita al isocrático a propósito del número de los tebanos (cf. 17, 4), a continuación registra las cifras alternativas de Calístenes y Polibio, por lo que puede estar utilizando varias fuentes. - Sobre la compleja elaboración de las Vidas, véase Westlake, "The sources of Plutarch's Timo -- leon", CQ 32 (1938), p. 74.

- (97) Cf. op. cit., p. x, donde afirma: "Les recherches sur l'origine du texte de Diodore doivent céder le pas à l'étude de ce texte, considéré - lui-même comme une source pour l'historien d'aujourd'hui", palabras que asumimos plenamente.
- (98) Cf. XV, 80. 5-6.
- (99) "Le récit de la bataille de Cynoscéphales, tout entier centré sur les faits de Pelópidas, est - particulièrement conventionnel et emphatique": - Vial, op. cit., p. xx.
- (100) Vial, op. cit., p. lll, n. 1.
- (101) Cf. XV, 87. 5-6.
- (102) XV, 87, 6. Estas palabras fueron parafrasesadas por Hipérides en el Epitafio (42): "En efecto, cuantos de éstos murieron sin hijos, los elogios de los griegos serán sus hijos inmortales".
- (103) Sobre la significación de la pérdida del escudo en combate a partir de la reforma hoplítica, véase el artículo de Detienne, "La phalange: -- problèmes et controverses", en Problèmes de la guerre en Grèce ancienne, Paris, 1968, p. 133.

- (104) Cf. XV, 52, 7.
- (105) Diodoro señala que Filippo y Epaminondas fueron - condiscípulos, durante la estancia del primero - en Tebas, incurriendo en un claro desajuste cronológico puesto que cuando Filippo fue su huésped el tebano había vencido ya en Leuctra: cf. Sherman, Diodorus of Sicily, Loeb Classical Library (v. VII), p. 237, n. 3. Sobre el influjo del pitagorismo en las innovaciones tácticas de Epaminondas cf. Lévêque, P. y Vidal-Naquet, P., "Épaminondes pythagoricien et le problème tactique - de la droite et de la gauche", Historia 9 (1960), pp. 294-308.
- (106) Cf. Vial, op. cit., p. 138.
- (107) Sobre Pericles, cf. XII, 39, 5; 40, 5-6. Para Timoteo, cf. XV, 36, 6.
- (108) Vial, op. cit., p. 111, n. 1, quien señala el correlato con Filippo de Macedonia (XVI, 1, 6). Para la caracterización de Leóstenes, cf. XVII, -- 111, 3.
- (109) Cf. Pelópidas, 26, 8.

- (110) El mismo paralelismo en Polibio, 31, 22, 1-4. -- Diodoro, sin embargo, añade una observación moral referida a su propia época: "no se puede juzgar a los antiguos por su avaricia tomando como referencia la degradada situación de la Roma de nuestros días". Del texto se pueden deducir dos conclusiones interesantes para nuestro tema: las comparaciones de grandes hombres eran un procedimiento habitual en la historiografía, como prueba el texto de Polibio; en segundo lugar, Diodoro incluía, siempre que el tema se prestaba a ello, reflexiones moralizantes de su propia cosecha.
- (111) Pelópidas, 26, 8.
- (112) Aristides aparece en la Biblioteca como arquetipo del hombre justo: cf. XI, 47, 2-3, caracterización que no carece de correlatos en los oradores del s. IV: cf. Nouhaud, op. cit., p. 218.
- (113) Diodoro comete un error cronológico, ya que Corón es anterior a Epaminondas: cf. Vial, op. cit., p. 110, n. 2. Quizá la confusión se puede explicar por la contigüidad en el texto, con su hijo Timoteo.

- (114) De Solón se destaca su proverbial sabiduría: cf. IX, 1, 1-3.
- (115) Cf. 41, 1; 59, 1-4 (Temístocles); XII, 1, 5 (Milcíades); XI, 62, 1 (Cimón); XII, 46, 1 (Pericles); XIV, 39, 1 (Conón); XV, 29, 2 (Cabrias); XV, 44 (Ifícrates); XV, 31, 3; 31, 4 (Agasilao). Respecto a Gelón, Mirónides y Pelópidas, nos remitimos a lo dicho a propósito de sus elogios.
- (116) Cf. XII, 1, 5. En este pasaje Diodoro comete evidentes errores de cronología.
- (117) Cf. Nouhaud, op. cit., pp. 169-177; 218-221; 332-8.
- (118) Contra Nicómaco, 28.
- (119) Contra Demóstenes, 37.
- (120) Contra Leptines, 73, 4.
- (121) Sobre la biga, 232-5.
- (122) Cf. Nouhaud, op. cit., p. 338-341.
- (123) Destaca Nouhaud que Epaminondas en el s. IV, co-

mo posteriormente Alejandro, es considerado a la altura de los antiguos héroes: cf. op. cit., p. 342.

- (124) En el documentado trabajo de Nouhaud no aparece ninguna referencia a Gelón e Himera, silencio -- que nos parece significativo.
- (125) Vial, op. cit., pp. XVIII y 162.
- (126) FGrH IIA 70, fr. 119.
- (127) Contra Demóstenes, 72-3.
- (128) "Aspects juridiques de la victoire et du traitement del vaincus", en Problèmes de la guerre en Grèce ancienne, Paris, 1968, pp. 231-43.
- (129) Sobre la distinción entre guerras y adversarios justos e injustos y el diferente grado de arbitrariedad ejercido sobre cada uno, cf. Jenofonte, Memorables, IV, 2, 15.
- (130) Cf. Préaux, C., Le monde hellénistique (I), Paris, 1978, p. 356.
- (131) Cf. XIII, 20-32.

- (132) Cf. XIII, 19, 6.
- (133) XIII, 21-22.
- (134) XIII, 22, 6; 23, 3; 24, 5-6.
- (135) XIII, 22, 6-8.
- (136) XIII, 24, ss.
- (137) XIII, 29, 1-3.
- (138) XIII, 29, 4-30.
- (139) XIII, 32.
- (140) Cf. RE, art. "Diodoros", col. 681.
- (141) Según Meister, sin embargo, estos capítulos proceden de Timeo: cf. Die sizilische Geschichte -- bei Diodor von den Anfängen bis zum Tod des Agathokles. Quellenuntersuchungen zu Buch IV-XXI, - Munich, 1967, pp. 58-9 y 63-8.
- (142) Drews, art. cit., pp. 386-7.
- (143) Romilly, J. de, La douceur dans la pensée grec--

que París, 1979, pp. 156-8.

- (144) Cf. "Sobre la problemática de la hegemonía en la Biblioteca Histórica de Diodoro de Sicilia", en Homenaje a M. Fernández-Galiano, Madrid, 1984, - p. 397.
- (145) Drews, art. cit., pp. 391-2; Goukowsky, en la introducción a su edición del libro XVII de la col. Budé, París, 1976, p. XXXII, pone en relación la imagen de Diodoro con los tópicos helenísticos sobre los grandes dirigentes más que con su fuente, Clitarco, de quien no se ha conservado ningún -- fragmento relativo a Alejandro.
- (146) Cf. Goukowsky, op. cit., pp. XLI-XLIV.
- (147) Cf. Qu. Curcio, 3, 11, 19 ss.
- (148) Cf. Goukowsky, op. cit., p. 192.
- (149) Cf. XVII, 35, 3-36, 1-4.
- (150) Una sola mención al poder de la Fortuna en Curcio: cf. 3, 11, 23.
- (151) Arriano (2, 12, 6), nos dice Tolomeo y Aristóbulo

sólo mencionaban la visita de Leonato y que la de Alejandro y Hefestión se debía a otros historiadores. El episodio es descrito en términos semejantes por Diodoro XVII, 57, 5-38, 1-3; Curcio, 12, 15-18 y Plutarco, Alejandro, 21, quienes recogían la versión de la llamada "Vulgata" que deriva probablemente de Clitarco. Sobre la Vulgata y su valor histórico frente a la información de Arriano, cf. Bosworth, A. B., "Arrian and the Alexander Vulgata" en Alexandre le Grand: image et réalité, Entretiens sur l'Antiquité classique XXII, Ginebra-Vandoeuvres, 1975, pp. 1-34.

- (152) Señal de mutua confianza entre los persas: cf. XVI, 43, 4.
- (153) Cf. XVII, 38, 6. La idea de que el hombre debe tener en cuenta el carácter cambiante de la Fortuna, mostrándose moderado en el éxito y que las actitudes irreflexivas e insolentes merecen el castigo de los dioses y la recriminación del historiador, aparece en todas las secciones de la Biblioteca y refleja, sin duda, una idea asumida por el propio Diodoro. Véanse al respecto los testimonios y conclusiones de J. M^e Camacho: "Actitudes del hombre frente a la Tyche en la Biblioteca Histórica de Diodoro de Sicilia", Estudios

de Filología Griega 2, (1986), pp. 169-91.

- (154) La mejor ilustración puede ser la actitud de la madre de Darío, Sisigambri, que más tarde, en el curso de la batalla de Arbelas se negará a ser liberada por el ejército persa por gratitud hacia Alejandro: cf. XVII, 59, 7.
- (155) XVII, 38, 5.
- (156) Cf. XVII, 38, 7.
- (157) Así, por ejemplo, Laqueur, RE, art. "Timaios", - cols. 1076-1203 y Meister, op. cit., pp. 74 ss.
- (158) Cf. Sanders, L. J., art. cit., pp. 394-411.
- (159) Cf. Viel, op. cit., p. 22, n. 1.
- (160) Cf. XV, 15, 4.
- (161) XV, 17, 1-2.
- (162) XV, 17, 3-5.
- (163) Cf. XIV, 105, 2.

(164) XIV, 105, 3.

(165) La afición de Filipo por los banquetes es uno de los temas más tratado en los fragmentos conservados de Teopompo, uno de los autores aducidos como fuente para el libro XVI: cf. Welles, introducción al volumen VIII de la col. Loeb, p. 5. - Sobre su clemencia en Querones, cf. XXXII, 4, 1-2.

(166) XVI, 87, 3.

(167) Así se califica, asimismo, el discurso de Gilipo: Cf. XIII, 28, 3. Sobre la oposición Atenas/Esperta a propósito de la prioridad de la acción sobre el ejercicio político de la palabra, cf. Tucídides, I, 84, 3; 86; II, 40, 2.

(168) Cf. XIII, 52, 4.

(169) XIII, 52, 4-5.

(170) XIII, 52, 6-7.

(171) XIII, 52, 7-8. La pérdida de estos valores provocará la posterior ruina de Esparta: cf. XV, 1, -

2-3.

- (172) El ataque a Cleofonte se convierte en uno de los lugares tópicos de la reflexión sobre la caída - del imperio ateniense en la oratoria del s. IV, especialmente en los discursos de Isócrates: cf. Nouhaud, op. cit., p. 290-2.
- (173) Cf. XV, 32.
- (174) Cf. Lens, J. ("Diodoro de Sicilia y la mitificación de Seleuco I en la historiografía clásica", Homenaje a P. Saenz Rodríguez, Madrid, 1986), observa que "la filantropía es vista como un medio para, por medio del éxito militar, conseguir la hegemonía": cf. p. 402. Precisamente por razones morales y prácticas a la vez, aconseja Fárax al rey Agis que permita seguir con vida a los argivos derrotados en la batalla de Mantinea del año 410: cf. XII, 79, 6.
- (175) Cf. XXXII, 4, 3.
- (176) Cf. Goukowsky, op. cit., p. XXXVI.
- (177) Cf. Curcio, 3, 12, 19; Plutarco, Alejandro, 22-3.

- (178) Cf. XVII, 24, 1.
- (179) Cf. XVII, 10, 2-6.
- (180) Cf. XVII, 72, 7.
- (181) Cf. XVII, 79.
- (182) XIX, 43, 6-9.
- (183) Episodio al que ya nos referimos en el capítulo -
primero de nuestro estudio: cf. XIX, 41.
- (184) Cf. XIX, 44, 2. Antígono había salvado la vida a
Eumenes en Nora: cf. XVIII, 50; 53.
- (185) Cf. XIX, 44, 3. Jerónimo parece ser la fuente --
principal de Diodoro para la historia de los Diá-
docos. Su relación con Eumenes y Antígono justi-
ficaría el tono encomiástico hacia ambas figuras
en su obra. Sin embargo, en la Biblioteca el re-
trato de Antígono no es siempre positivo. Según
Bizière, Diodoro se limitó a copiar a Jerónimo -
hasta la muerte de Eumenes y, en adelante, combi-
nó la información de éste con otras de origen di-
fícil de determinar: cf. Diodore de Sicile, Bi-
bliothèque Historique, livre XIX, París, 1975, -

pp. XVI-XVII.

(186) Cf. XI, 32, 5.

(187) XI, 33, 4.

(188) Cf. XI, 22, 4; 24; 25.

(189) Cf. XI, 26, 1-3.

(190) Idea expresada en el Proemio General: cf. I, 1, 3. A partir de este texto Farrington afirma que el estoicismo es el elemento aglutinante de los materiales de la Biblioteca: cf. Mano y cerebro en la Grecia Antigua (traducción española), Madrid, 1974, p. 110.

(191) Cf. "Diodoro de Sicilia y la mitificación de Seleuco I...", pp. 402, ss.; a partir de varios -- textos de la Biblioteca, Lens estudia el que denomina "esquema simple", es decir aquél según el cual la hegemonía se logra mediante el valor y la inteligencia estratégicas y se consolida por el ejercicio de la benevolencia y la filantropía.

(192) Según Lens, existe un esquema "complejo" en el -- que el terror es un instrumento para afirmar el

poder: cf. "La concepción del imperialismo romano en la Biblioteca Histórica de Diodoro de Sicilia", comunicación presentada en el II Congreso andaluz de Estudios clásicos, (Antequera-Málaga), 1984, en prensa, y el artículo ya citado aparecido en el Homenaje a M. Fernández-Galiano.

- (193) La coherencia de este tema en la Biblioteca ha sido demostrada por J. M^a Camacho en su Tesis -- Doctoral, Estudio del vocabulario de la causalidad histórica en la obra de Diodoro de Sicilia, Granada, 1986.
- (194) Cf. XIII, 100, 1.
- (195) Helénicas, I, 6, 35.
- (196) Cf. Xénophon, Helléniques (I), texte établi et traduit par J. Hatzfeld, Paris, "Les Belles Lettres", col. Budé, 1966, p. 60, n. 1.
- (197) XIII, 101.
- (198) Helénicas, I, 7, 1-15.
- (199) Helénicas, I, 7, 16-33.

(200) Cf. XIII, 102, 3. En el relato de la batalla de --
Naxos (XV, 35, 1) Diodoro señala que Cabrias, --
acordándose de las Arginusas , renunció a perse--
guir al enemigo, a fin de recoger los cadáveres.
Así, una acción estratégicamente acertada, se pog
pone por el miedo a la irracional condena del puel
blo. Sin embargo, este comportamiento interesado
le reporta el elogio de los atenienses.

(201) Helénicas, I, 7, 34.

(202) Jenofonte, por el contrario, dice que Calixeno mur
rió de hambre: cf. Helénicas, I, 7, 35.

(203) Cf. XII, 74, 3-5.

(204) Compárese XIV, 25, con XI, 5, 5.

(205) Cf. Anábasis, II, 1, 10.

(206) Cf. XIV, 22, 2.

(207) La evocación de la batalla de Cunaxa en el Panegí
rico de Isócrates y algunos paralelismo de expres
sión, han sido interpretados bien como una imitac
ción del historiador por parte del orador, bien
en sentido contrario. Véase al respecto, Nouhaud,

op. cit., pp. 322-4.

(208) Cf. XVIII, 45, 3-5.

(209) Cf. XVIII, 46, 1-3.

(210) Expresiones semejantes en XIII, 23, 1 y XXVII, --
16,1.

(211) En su edición del libro XVII en la col. Loeb: cf.
pp. 194-5. Welles considera el paralelismo como -
un topos literario. La anécdota no aparece en -
ninguno de los demás historiadores de Alejandro.

(212) Compárese XVII, 28, 3 con XVIII, 46, 2.

(213) Cf. XVII, 28, 4-5 y XVIII, 47, 2.

(214) Cf. Hieronymus of Cardia; Oxford, 1981, pp. 93 ss.
Véase además Bizière, op. cit., p. 158.

(215) Sobre Onesícrito, cf. FGrH 134 y Pearson, L., The
lost Histories of Alexander the Great, Oxford, -
1960, pp. 83-111. Según Pearson, en la descrip --
ción de los pueblos de la India podría haber plas --
mado el mito cínico del salvaje que, frente a las
tensiones de la civilización, goza de un envidia-

ble estado de "eunomía".

- (216) Cf. Lens, J., "En Cetsi y en el reino de Sopites",
Estudios de Filología Griega 1 (1985), pp. 23-33.

CONCLUSIONES

A través de los distintos apartados de nuestro -- estudio hemos ido registrando la aparición en la Biblioteca de estructuras formales y motivos temáticos recurrentes, los cuales, en última instancia, pueden ser -- considerados como la plasmación de una serie de principios metodológicos, expuestos en el Proemio que inaugura la obra y, por consiguiente, atribuibles a su autor.

En primer lugar, la articulación misma de la materia narrativa obedece al imperativo de la exposición sucesiva de los acontecimientos, característica de la historiografía analística. En este sentido, se percibe en el conjunto de nuestros relatos el esfuerzo por mantener el orden cronológico- narrativo y por contextualizar los episodios relativamente aislables de la narración del hecho militar. Así, las anécdotas se sitúan ya en los preliminares del combate, ya en los epílogos, -- siendo éstos últimos el lugar reservado por Diodoro para las digresiones más generales y abstractas.

El talante moralizante de la historia del sicilia no explica, por otra parte, la relevancia otorgada a -- ciertos temas. Concebido como un instrumento pedagógico, el relato histórico debe ofrecer al lector modelos de conducta a través de la evocación de los grandes -- personajes del pasado. De ahí el interés de Diodoro -- por incluir anécdotas en los preliminares de la batalla

que ilustren las cualidades de los estrategos, de ahí también la temática de los excursos morales de algunos - de nuestros relatos. Ahora bien, incluso la reiterada alusión en la descripción de la lucha al valor de los contendientes, a su heroísmo y sus sufrimientos, e igualmente la atribución del éxito a las hazañas individuales, - son convencionalismos coherentes con ese fin supremo a - que aspira nuestro autor.

No obstante, aunque las virtudes guerreras se intentan poner de relieve, directa o indirectamente, en los tres segmentos narrativos fundamentales de cada batalla (preliminares, combate y epílogo), observamos que, casi sin excepciones, mientras las diversas manifestaciones - del valor aparecen por doquier, la astucia estratégica - es privativa del primero de esos bloques y la alabanza - de las virtudes sociales, la clemencia y la piedad, se incluye exclusivamente en los epílogos. Tal repartición, - aplicada coherente y uniformemente en toda la obra, en - la que todo lo que no sea el valor en estado puro, ocupa una posición marginal en el relato, sin duda ha de ponerse en relación con la ideología de la guerra desde Homero.

Desde un punto de vista estrictamente formal, creemos haber demostrado que Diodoro construye este tipo de narraciones básicamente a partir de una serie limitada de secuencias complejas, que se insertan en los mismos contextos y expresadas en idénticos términos, sea cual

fuere la autoridad concreta de cada batalla. Este carácter esterotipado y convencional implica un drástico resumen de las fuentes, pero también un proceso de elaboración de la obra mucho más complicado de lo que se suele creer y una participación activa del propio Diodoro, a quien, en suma, se puede juzgar como un historiador -- poco original, mediocre incluso, pero en ningún caso un mero trasmisor de textos y temas ajenos.

SELECCIÓN

BIBLIOGRÁFICA

A) Sobre la guerra en Grecia.

- Adcock, F. E., The Greek and Macedonian art of war, --
Berkeley, 1957.
- Anderson, J. K., Military theory and practice in the --
age of Xenophon, Berkeley, 1970.
- Connolly, P., Greece and Rome at war, Londres, 1981.
- Ducrey, P., Le traitement des prisonniers de guerre --
dans la Grèce antique, Paris, 1968.
- Fuller, J. F. C., The generalship of Alexander the Gre--
at, Londres, 1958.
- Garlan, Y., La guerre dans l'Antiquité, Paris, 1972.
- Griffith, G. T., The mercenaries of the Hellenistic --
World, Cambridge, 1935.
- Kromayer, J., Antike Schlachtfelder in Griechenland, -
Berlin, 1903.
- Kromayer, J. y Veith, G., Heerwesen und Kriegführung der
Griechen und Römer, Munich, 1928.
- Launey. M., Recherches sur les armées hellenistiques,
Paris, 1949 (I), 1950 (II).
- Parke, H. W., Greek Mercenary Soldiers, from the Ear--
liest times to the Battle of Ipsus, Oxford, 1933.
- Pritchett, W. K., The Greeks states at war, Berkeley -
1971 (I), 1974 (II), 1980 (III).
- Snodgrass, A. M., Early Greek Armour and Weapons, Edim-
burgo, 1964.
- Tarn, W. W., Hellenistic military and naval developme--

ments, Cambridge, 1930.

Vernant, J. P. (bajo la dirección de), Problèmes de la guerre en Grèce ancienne, París, 1968.

Son también útiles las bibliografías críticas actualizadas de P. Goukowsky (REG 96 (1983), pp. 225-41), artículos y monografías sobre el reinado de Alejandro, y de R. Lonis (REG 98 (1985), pp. 321-79), para la guerra en Grecia desde el período micénico hasta Filipo - de Macedonia.

B) Sobre Diodoro de Sicilia.

I. EDICIONES, COMENTARIOS Y TRADUCCIONES

1. Ediciones.

Opsopoeus, V. : primera edición del texto griego de los libros XVI-XX, Basilea, 1539.

Estienne, H. : texto griego de los libros I-V, XI-XX y algunos fragmentos de los libros XXI-XL, Ginebra, 1559.

Rhodoman, L. : el texto griego de la edición de Estienne con traducción latina, índices y tablas cronológicas, Hanau, 1604.

Wesseling, P. : texto griego y traducción latina de Rhodoman con anotaciones críticas de otros autores, en dos volúmenes, Amsterdam, 1746. Posteriormente fue editada en once volúmenes ("bipontina"), con estudios de Heyne y Eyring, Estrasburgo, 1793-1807.

Eichstädt, H. : texto griego de los libros I-V, X-XIV, en dos volúmenes, La Haya, 1800-1802.

XVII (a cargo de P. Goukovsky, París, 1976), XV (edición y traducción de C. Vial, París, 1977) y XVIII (edición y traducción de P. Goukovsky, París, 1978). Se anuncia la próxima aparición de los libros III y V, a cargo respectivamente de B. Bommelaert y M. Casevitz.

2. Comentarios.

Además del incluido en la edición de Wesseling, véanse por orden cronológico:

Reiske, J., Animadversionum ad graecos auctores (I):

Quo Diodorus Siculus et ambo Diones, Chrysostomus et Cassius pertractantur Leipzig, 1757.

Sordi, M., Diodori Siculi Bibliothecae. Liber Sextus Decimus, Florencia, 1969.

Burton, A., Diodorus Siculus. Book I. A Commentary, Leiden, 1972.

Canfora, L. (bajo la dirección de), Diodoro Siculo, La rivolta degli schiavi in Sicilia, Palermo, 1983 (traducción y comentario de los libros XXXIV-XXXV).

3. Traducciones.

La más antigua traducción de Diodoro es la latina (libros I-V) de Bracciolini, Bolonia, 1472. Otras traducciones latinas son la de Rhodomen, en la edición - citada de 1604, la incluida en la de Wesseling de 1746, y la de Müller de la edición Didot de 1842-1844.

En inglés, además de la que acompaña a la edición

de la colección Loeb, citemos las antiguas de C.H. Gent (The History of Diodorus Siculus, Londres, 1553) y G. Booth (The Historical Library of Diodorus the Sicilian, Londres, 1700).

Los libros XI-XVII fueron traducidos al francés -- por Amyot (París, 1554). Posteriormente aparecieron -- versiones de la obra completa a cargo de Terrasson -- (Histoire Universelle de Diodore de Sicile, París, 1737-1741), Miot (París, 1834-1838) y Hoefer (París, 1846). Habría que añadir la incluida en los libros editados recientemente en la colección Budé.

Como traducciones alemanas, citemos las de F.A. Stroth y J.F.S. Kaltwasser (Bibliothek der Geschichte, Frankfurt, 1781-1787); J.F. Wurm (Stuttgart, 1827-1840) y A. Wahrmund (Stuttgart, 1865-1868), ésta última muy anotada, aunque sólo de los libros I-V y fragmentos de VI-X.

En el Departamento de Filología Griega de la Universidad de Granada y como Memorias de Licenciatura, han sido traducidos los siguientes libros, por orden cronológico: III-IV (I. Vázquez Tortosa), XII (J. Ma Camacho Rojo), XVII (M. Alganza Roldán), XV (C. Garvín Moya) y I (J. Campos Daroca). Muy recientemente ha sido publicada una traducción castellana del libro XVII, en un volumen conjunto con la Vida de Alejandro de --

Plutarco: Plutarco/ Diodoro Sículo, Alejandro Magno, edición de A. Guzmán Guerra, Madrid, 1986. Véase también M^a N. Muñoz Martín, España en la 'Biblioteca Histórica' de Diodoro de Sicilia, Granada, 1976.

11. ESTUDIOS

1. Estudios generales.

Bröker, L.O., Untersuchungen über Diodor, Gütersloh, 1879.

Burde, P., Untersuchungen zur antiken Universalgeschichtsschreibung, Erlangen-Nürnberg, 1974, IIA,4, pp. 43-59.

Camacho, J.M., Estudio del vocabulario de la causalidad histórica en la obra de Diodoro de Sicilia, Granada, 1986.

—————, "En torno a Diodoro de Sicilia y su concepción moralizante de la historia", Estudios de Filología Griega 2 (1986), pp. 53-60.

Farrington, B., Diodorus Siculus: Universal historien, Swansea, 1937. Recogido en Head and hand in ancient Greece. Four studies in the social relations of thought, Londres, 1947, pp. 55-87.

Gramann, C., Quaestiones Diodoreae, Göttingen, 1907.

Laqueur, R., "Diodorea", Hermes 86 (1958), pp. 257-90.

Lens, J., "Sobre la naturaleza de la Eiblioteca Histórica de Diodoro de Sicilia", Estudios de Filología Griega 2 (1986), pp. 9-43.

Momigliano, A., "Diodoro Sículo", en Enciclopedia ita

liana 12 (1931), pp. 924 ss.

Muss, A. von, "Untersuchungen über die Arbeitsweise --
Diodors", RhM 61 (1906), pp. 244 ss.

Pavan, M., "La teoresi storica di Diodoro Siculo", RAL
16 (1961), pp. 19-52; 117-51.

Sanctis, G. de, Richerche sulla storiografia siceliota,
Palermo, 1958.

Scholen, F.L., Diodorstudien, Berlin, 1891.

Schwartz, E., "Diodoros", en RE V₁ (1903), cols. 663-
704.

Sinclair, R.K., "Diodorus Siculus and the writing of
history", Proceedings of the African Classical Asso-
ciation 6 (1963), pp. 36-45.

Spoerri, W., Späthellenistische Berichte über Welt, -
Kultur und Götter. Untersuchungen zu Diodor von Sizi-
lien, Basilea, 1959.

Strogeckij, V.M., "Diodorus of Sicily and the problem
of universal history", Concilium Eirene XVI. Procee-
dings of the 16th International Eirene Conference,
Praga, 1982, pp. 236-51.

Troilo, E., "Considerazioni su Diodoro Siculo e la sua
storia universale", Atti dell'Istituto Veneto di Scien-
ze, Lettere ed Arti, 1940-1941, pp. 17-42.

Wachsmuth, C., Über das Geschichtswerk des Sikelioten
Diodors, Leipzig, 1892.

2. Problema de las fuentes.

- Accame, S., "Le fonti di Diodoro per la guerra Decelica", RAL (1938), pp. 347-51.
- Adams, H., "Die Quellen des Diodoros im sechzehnten Buche", Jarrb. f. class. Phil. 135 (1887), pp. 345-85.
- Altheim, F., "Diodors römische Annalen", RhM 93 (1950), pp. 267-86.
- Bachof, E., "Timaios als Quelle für Diodor XIV, 54-78", Jahrb. f. class. Phil. 119 (1879), pp. 161-73.
- , "Timaios als Quelle Diodors für die Reden des dreizehnten und vierzehnten Buches", Jahrb. f. class. Phil. 129 (1884), pp. 445-78.
- Barber, G.L., The historian Ephorus, Cambridge, 1935.
- Bethe, E., Quaestiones Diodoreae Mythographae, Göttingen, 1887.
- , "Untersuchungen zu Diodors Inselbuch", Hermes 24 (1889), pp. 402-46.
- Bigwood, J.M., "Diodorus and Ctesias", Phoenix 34 (1980) pp. 195-207.
- Bizière, F., "Comment travaillait Diodore de Sicile", REG 87 (1974), pp. 369-74.
- Borza, E.N., "Cleitarchus and Diodorus' account of Alexander", Proceedings of the African Classical Association 11 (1968), pp. 25-24.
- Bottin, C., "Les sources de Diodore de Sicile pour l'histoire de Pyrrhus, des successeurs d' Alexandre le Grand et d' Agathocle", Revue Belge de Philologie et d'Histoire 7 (1928), pp. 1307-27.

- Brown, T.S., "Timaeus and Diodorus' Eleventh Book",
AJPh 73 (1952), pp. 337-55.
- , Timaeus of Tauromenium, Berkeley-Los Angeles, 1958.
- Cassola, F., "Diodoro e la storia romana", en Aufstieg und Niedergang der römischen Welt, Teil II. 30.1 Principat: Sprache und Literatur (Literatur der augusteischen Zeit), Berlin, 1982, pp. 724-73.
- Cohn, L., "Diodor und seine römisch Quelle", Philologus 42 (1884), pp. 1-22.
- Dolce, C., "Diodoro e la storia de Agatocle", Kokalos 6 (1960), pp. 124-66.
- Drews, R., "Diodorus and his sources", AJPh 83 (1962), pp. 383-92.
- Fontana, M.J., "Il problema delle fonti per il XVII libro di Diodoro Siculo", Kokalos 1 (1955), pp. 155-90.
- Goukowsky, P., "Clitarque seul? Remarque sur les sources du livre XVII de Diodore de Sicile", REA 71 -- (1969), pp. 320-37.
- Haake, A., De Duride Samio Diodori auctore, Bonn, 1874.
- Hamilton, J.R., "Cleitarachus and Diodorus 17", en Studies presented to Fritz Schachermeyr, Berlin, 1977, pp. 126-46.
- Hammond, N.G.L., "The sources of Diodorus Siculos XVI", CQ 31 (1937), pp. 79-91.
- , "The sources of Diodorus Siculus XVI.

- II: The sicilian narrative", CQ 32 (1938), pp. 137-51.
- Hammond, N.G.L., Three historians of Alexander the Great, Cambridge, 1983 (reimpresión 1985), pp. 12 ss.
- Hornblower, J., Hieronimus of Cardia, Oxford, 1981.
- Kunz, M., Zur Beurteilung der Proömien in Diodors historischer Bibliothek, Zurich, 1935.
- La Bua, V., Filino-Polibio-Sileno-Diodoro. Il problema delle fonti dalla morte di Agatocle alla guerra mercenaria in Africa, Palermo, 1966.
- Laqueur, R., "Timaios", en RE VI A₁ (1936), cols. 1076-203.
- , "Philinos", en RE XIX2 (1938), cols. 2180-93.
- , "Philistos", en RE XIX2 (1938), cols. 2409-29.
- Lauritano, R., "Sileno in Diodoro?", Kokalos 2 (1956), pp. 205-16.
- , "Ricerca su Filisto", Kokalos 3 (1957), pp. 98-122.
- Levi, M.A., "Timeo in Diodoro IV e V", en Raccolta di scritti in onore di G. Lumbroso, Milán, 1925 (recogido Quattro studi spartani e altri scritti di storia greca, Varese-Milán, 1967, pp. 61-93).
- Manni, E., "Sileno in Diodoro?", Atti Accademia Palermo, II, 18 (1957-1958), pp. 81-88.
- , "Timeo e Duride e la storia di Agatocle", - Kokalos 6 (1960), pp. 167-73.

- Manni, E., "Temi e problemi della storia siceliota", - Kokalos 10-11 (1964-1965), pp. 169-85.
- , "Diodoro e la storia arcaica di Roma", Kokalos 16 (1970), pp. 60-73.
- , "Ancora a proposito di Sileno-Diodoro", Kokalos 16 (1970), pp. 74-8.
- , "Diodoro e la storia italiota", Kokalos 17 (1971), pp. 131-45.
- Mehnert, G., De Duride Samio et Hieronymus Cardiano Diodori Siculi auctoribus eorumque arte et ratione, Leipzig, 1921.
- Meister, K., Die sizilische Geschichte bei Diodor von den Anfängen bis zum Tod des Agathokles. Quellenuntersuchungen zu Buch IV-XXI, Munich, 1967.
- Meyer, E., "Untersuchungen über Diodor's römische Geschichte", RhM 37 (1882), pp. 610-27.
- Momigliano, A., "Le fonti della storia greca e macedone nel libro XVI di Diodoro", Rendiconti dell' Istituto Lombardo, ser. II, 65 (1932), pp. 523-43.
- Orlandi, T., "Duride in Diodoro XIX-XXI", PP 19 (1964), pp. 216-26.
- Pearson, L., "Ephorus and Timaeus in Diodorus. Laqueur's thesis rejected", Historia 33 (1984), pp. 1-20.
- Peremans, W., "Diodore de Sicile et Agatharchide de Cnide", Historia 16 (1967), pp. 432-55.
- Perl, G., Kritische Untersuchungen zu Diodors römische Jahrzahlung, Berlin, 1957.

- Raun, C., De Clitarcho Diodori, Curtii, Iustini auctore, Bonn, 1868.
- Reid, C.I., "Diodorus and his sources", Harvard Studies in Classical Philology 75 (1971), pp. 205-7.
- Reuss, F., "Diodor und Theopompos", Jahrb. f. class. Phil. 153 (1896), pp. 317-26.
- Rizzo, F.P., "Posidonio nei frammenti diodorei sulla prima guerra servile di Sicilia", en Studi di storia antica E. Manni, Roma, 1976, pp. 259-93.
- Roesiger, A.F., De Duride Samio Diodori Siculi et Plutarchi auctore, Göttingen, 1874.
- Sacks, K.S., "The Lesser Proemia of Diodorus Siculus", Hermes 110 (1982), pp. 434-43.
- Sanders, L., "Diodorus Siculus and Dionysius I of Syracuse", Historia 30 (1981), pp. 394-411.
- Scherr, A., Diodors 11 Buch Kompositionen und Quellenstudien, Tübingen, 1933.
- Schneider, G.D., De Diodori fontibus, Berlin, 1880.
- Schubert, R., Die Quellen der Geschichte der Diadochenzeit, Leipzig, 1914.
- Schwahn, W., "Diyllōs", Philologus 40 (1931), pp. 145 - 68.
- Schwartz, E., "Diyllōs", en RE V₁ (1903), col. 1247.
- , "Duris", en RE V₂ (1905), cols. 1853-6.
- , "Ephoros", en RE VI₁ (1907), cols. 1-16.
- Simpson, R.H., "Abbreviation of Hieronymus in Diodorus", AJPh 80 (1959), pp. 370-9.

- Tarn, W.W., Alexander the Great, II (Sources and Studies), Cambridge, 1950, pp. 63-91.
- Treves, P., "Per la critica e l'analisi del libro XVI di Diodoro", Annali della R. Scuola Normale Superiore di Pisa, ser. II, 6 (1937), pp. 255-79.
- Unger, G.F., "Diodors Quellen im XI Buch", Philologus 40 (1881), pp. 48-106; 41 (1882), pp. 78-139.
- Vlastos, G., "On the pre-history in Diodorus", AJPh 67 (1946), pp. 51-9.
- Volquardsen, C.A., Untersuchungen über die Quellen der griechischen und sizilische Geschichten bei Diodor, Buch XI-XVI, Kiel, 1868.
- Westlake, H.D., Essays on the Greek Historians and -- Greek History, Nueva York, 1960, pp. 226-50; 265-75; 313-30.
- Will, E., "Comment on écrit l'histoire hellénistique", Historia 27 (1978), pp. 65-82.

3. Lengua y estilo.

- Hultsch, ., De elocutione Diodori Siculi. De uso aoristi et imperfecti, Halis Sax, 1893.
- Kallenberg, H., Textkritik und Sprachgebrauch Diodors, (2 vols.), Berlin, 1901-1902.
- Palm, J., Über Sprache und Stil Diodoros von Sizilien. Ein Beitrag zur Beleuchtung der hellenistischen Prosa, Lund, 1955.
- Volkman, H., "Die indirekte Erzählung bei Diodor", - RhM 98 (1955), pp. 354-64.

4. Temas militares.

- Badian, E., "The battle of the Granicus, a new look", Ancient Macedonia 2 (1977), pp. 271-93.
- Bigwood, J.M., "The ancient accounts of the battle of Cunaxa", AJPh 104 (1983), pp. 340-57.
- Breitenbach, "Die Seeschlacht bei Notion 407/6", Historia 10 (1971), pp. 152-71.
- Gauthier, Ph., "Le parallèle Himère-Salamine", REA 71 (1969), pp. 5-32.
- Hammond, N.G.L., "The battle of Issus", JHS 100 (1980), pp. 73-80.
- Milns, R.D., "A note on Diodorus and Macedonian military terminology in book XVII", Historia 31 (1982), pp. 123-6.
- Nikolaou, N., "La bataille de Salamine d'après Diodore de Sicile", REG 95 (1982), pp. 145-56.
- Pédech, P., "Batailles navales chez les historiens grecs", REG 82 (1964), pp. 43-55.
- Sanctis, G. de, "La battaglia dell' Eurimedonte in Diodoro", Rivista di Filologia classica 21 (1893), pp. 97-114, posteriormente incluido en Scritti minori, Roma 1966, pp. 99-112.
- , "La battaglia di Notion", Rivista de Filologia e di Istruzione classica 59 (1931), pp. 222-9.
- Sinclair, R.K., "Diodorus Siculus and fighting in relays", CQ 1a (1966), pp. 249-55.

5. Cuestiones diversas.

- Alganza, M. y Camacho, J.M., "La noción de 'deisidaimonía' en Diodoro de Sicilia", Actas del II Congreso Andaluz de Estudios Clásicos (Antequera-Málaga, 24-26 Mayo, 1984), en prensa.
- Alganza, M., "Diodoro y el arte adivinatorio", Estudios de Filología Griega 2 (1986), pp. 113-22.
- Busalt, G., "Diodors' Verhältniss zum Stoicismus", -- Jahrb. f. class. Phil. 139 (1889), pp. 297-315.
- Camacho, J.M., "El concepto de Týche en Diodoro de Sicilia", Estudios de Filología Griega 2 (1986), pp. --- 151-67.
- , "Actitudes del hombre frente a la Týche en la Biblioteca Histórica de Diodoro de Sicilia", Estudios de Filología Griega 2 (1986), pp. 169-91.
- Campos, J., "Algunos aspectos de la Heurematología en el libro I de la Biblioteca Histórica de Diodoro", Estudios de Filología Griega 1 (1985), pp. 171-9.
- Chamoux, F., "Diodore et la Macedoine", Ancient Macedonia 3 (1983), pp. 57-66.
- Goukowsky, P., "En lisant le livre XIV de Diodore de Sicile", REG 94 (1981), pp. 173-80.
- Hornblower, S., "Alexander and týche. A note on Diodorus 17.38, 4-5", Liverpool Classical Monthly 8 (1983), p. 43.
- Lens, J., "Sobre la problemática de la hegemonía en la Biblioteca Histórica de Diodoro de Sicilia", Estudios clásicos (Apophoreta Philologica E. Fernández-Galianc oblata, I), 87 (1984), pp. 393-8.

- Lens, J., "La concepción del imperialismo romano en la Biblioteca Histórica de Diodoro de Sicilia", Actas del Segundo Congreso Andaluz de Estudios Clásicos (Antequera-Málaga, 24-26 Mayo, 1984), en prensa.
- , "La fábula del León Enamorado en la Biblioteca Histórica de Diodoro de Sicilia", Estudios de Filología Griega 1 (1985), pp. 5-9.
- , "En Catai y en el reino de Sopites", Estudios de Filología Griega 1 (1985), pp. 23-33.
- , "Diodoro de Sicilia y la mitificación de Seleuco I en la historiografía clásica", Homenaje a P. Sáinz-Rodríguez(III), Madrid, 1986, pp. 399-417.
- , "La réplica de los árabes nabateos a Demetrio Poliorcetes", Estudios de Filología Griega 2 (1986), pp. 209-18.
- , "Viriatco, héroe y rey cínico", Estudios de Filología Griega 2 (1986), pp. 253-72.
- Sartori, F., "Storia, 'utopia' e mito nei primi libri della Biblioteca Historica de Diodoro Siculo", Athenaeum 62 (1984), pp. 492-536.
- Scarpa Bonazza, A., Libertá e tirannide in un'discorso siracusano' di Diodoro Siculo, Roma, 1984.

III. LÉXICO

- M^c Dougall, J.I., Lexicon in Diodorum Siculum, I:A-K; II:A-Q, Hildesheim-Zürich-Nueva York, 1983. No incluye los fragmentos. Véase la reseña crítica de P.

Goukowsky en Phoenix 39 (1985), pp. 91-2.

INDICES

ÍNDICE DE BATALLAS

Registramos a continuación las batallas de la Biblioteca que constituyen nuestro corpus de trabajo, ordenadas alfabéticamente. Las cifras entre paréntesis remiten a los pasajes objeto de análisis y comentario.

- ANFÍPOLIS (XII, 73-4)
ARBELAS (XVII, 53-62)
ARGINUSAS (XIII, 97-100)
CABALIA (XVIII, 44-7)
CARTAGO (XX, 10,5-14)
CATANA (XIV, 59-60)
CAULONIA (XIV, 103-5)
CILICIA (XVIII, 30-2)
CINOSCÉFALOS (XV, 80-1,4)
CINOSEMA (XIII, 39-40)
CITIO (XV, 2-3)
CÍZICO (XIII, 49-51)
CRIMISO (XVI, 77-81)
CRONIO (XV, 15-7)
CUNAXA (XIV, 22-4)
CHIPRE (XX, 49-52)
DARDANEO (XIII, 45-6)
DELIÓN (XII, 69-70)
GABIANA (XIX, 39,6-44,3)
GAZA (XIX, 81-5)
GRÁNICO (XVII, 11,5-21)
HIDASPE (XVII, 87-9,3)

HIMERA (XI, 20-6)
ILIRIA (XVI, 4)
ISO (XVII, 32-8)
LEUCTRA (XV, 51-55,4)
LOITANO (XXII, 13)
MANTINEA (XII, 78-9)
MANTINEA (XV, 82-8)
MICALA (XI, 34)
MITILENE (XIII, 76-7)
NAXOS (XV, 34-5)
PARATACENE (XIX, 26-34)
PLATEA (XI, 29-33)
QUERONEA (XVI, 85-7)
SALAMINA (XI, 14-9)
TANAGRA (XI, 80-2)
TERMÓPILAS (XI, 1-11)
TESPIAS (XV, 31-3)

INDICE GENERAL

<u>Abreviaturas</u>	8
<u>INTRODUCCIÓN</u>	10
<u>Notas</u>	18
<u>I: CRITERIOS GENERALES DE ORGANIZACIÓN DE LA MATE-</u>	
<u>RIA NARRATIVA</u>	24
<u>El criterio cronológico</u>	26
<u>La expresión de la causalidad</u>	30
<u>Los episodios</u>	42
<u>Recapitulación</u>	73
<u>Notas</u>	76
<u>II: TÉCNICAS DE COMPOSICIÓN DEL RELATO</u>	85
<u>Elementos introductorios</u>	87
- Los órdenes de batalla	87
- Los ritos	109
<u>La descripción del combate</u>	121
- Las fases de la batalla y su caracterización formal	122
- Escenas de combate	152
<u>Procedimientos narrativos complejos</u>	168
- La batalla como cálculo de ventajas	170
<u>Elementos conclusivos</u>	181
<u>Recapitulación</u>	183
<u>Notas</u>	188

<u>III: LA MORALIZACIÓN DEL RELATO: LOS EPÍLOGOS</u> ...	208
<u>El elogio del vencedor</u>	217
- Himera y Gelón	217
- Tanagra y Mirónides	227
<u>El elogio fúnebre</u>	234
- Los héroes de las Termópilas	236
- Pelópidas	244
- Epaminondas	254
<u>La moderación en el éxito</u>	266
- La magnanimidad de Alejandro	270
- Los límites de la clemencia	283
<u>Epílogos de tema variado</u>	289
- La divinidad como garante de la justicia	289
- Sobre el patriotismo y la lealtad	294
Recapitulación	298
<u>Notas</u>	301
<u>CONCLUSIONES</u>	334
<u>SELECCIÓN BIBLIOGRÁFICA</u>	338
<u>INDICES</u>	357

F E D E R R A T A S

<u>pág.</u>	<u>línea</u>	<u>donde dice...</u>	<u>debe decir...</u>
77	(n.6)	<u>La Guerre...</u>	<u>La guerre...</u>
143	6	míticos	críticos
151	1	político	patético
236	4	Temópila	Termópilas
256	12	panegiro	panegirico
286	25	nivel	rival
306	(n.31)	Cf.,	con XI, 24, 3-4.
325	(n.165)	Seugretes	banquetes
326	(n.174)	Fónex	Fárax
331	(n.215)	único	cínico
335	1	-ta	-lla
338	10	<u>La Guerre...</u>	<u>La guerre...</u>
352	21	Goukwsy	Goukowsky